





BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra.....	1-2 p.
Sala en que se encuentra.....	11
Tabla en que se halla.....	1056
Orden que en ella tiene.....	14

Indice.

1. Ashford (Daisy) -Los jovenes visitantes.
2. Nadar contra la corriente.

BIBLIOTECA NACIONAL



0431052

ADM: 520357

1) 518125

2) 865268

LOS JOVENES VISITANTES

NOVELA DE

Novelas



DAISY ASHFORD

ASOMBROSA ESCRITORA DE NUEVE AÑOS

BIBLIOTECA NACIONAL

CLM E N T O



LOS JOVENES
VISITANTES

D A I S Y A S H F O R D

LOS JOVENES VISITANTES

O EL PLAN DEL SEÑOR SALTEENA

INTRODUCCIÓN DE
JEAN COCTEAU

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE
MARÍA MONVEL

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO :: CHILE :: CONCEPCIÓN
AHUMADA 125 :: 1927 :: COLO-COLO 419-425

*Esta traducción
es propiedad del Editor
Inscripción N.º 552*

*Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
Arturo Prat, 1430,
Santiago de Chile.—1927*

PRÓLOGO



Daisy Ashford, a los nueve años, cuando escribió su novela.

DAISY ASHFORD, UN NOVELISTA DE NUEVE AÑOS

Una novela escrita a los nueve años es una cosa prodigiosa, casi inconcebible. Es fácil concebir un pintor de nueve años y también un músico, también quizás un poeta. El genio no siempre tiene que ver con la inteligencia, y puede tenerse el sentido del color, del sonido y de la línea antes del advenimiento de la idea y de la reflexión. Pero un novelista ha de ser inteligente, con una inteligencia razonable y calculadora, penetrante, para buscar en las gentes en torno suyo los elementos precisos; constructiva, para crear cada uno de los personajes, y suficientemente armónica para relacionarlos entre sí.

Cuando Jean Cocteau se refiere a *The Young Visitors*, la novela de Daisy Ashford, nos acomete irremisiblemente la duda de su autenticidad. No se

trataría de la primera mistificación literaria. Pierre Louys engañó a todos los críticos franceses con su «Chanson de Bilitis», y se han inventado muchos supuestos poetas orientales.

Si Raimond Radiguet conmovió a todos los lectores de occidente con su novela escrita a los quince años, ¿qué podría decirse de esta otra, redactada a los nueve, «en sus cuadernos de colegio, sin ortografía y toda de un tirón», como asevera su traductor francés? Es imposible creer así como así en tal prodigio, y nos hacemos acreedores, a pesar nuestro, a la acusación de incredulidad imputada por Jean Cocteau a los lectores franceses.

De ser auténtica, pensamos, no puede ser buena. Estamos hartos de leer las obras de juventud de los más grandes escritores, que constituyen casi sin excepción una literatura pegajosa e insoportable. Y tenemos por costumbre llamar obras de juventud a los libros publicados antes de los veinticinco años.

A no mediar el juicio de Cocteau, no habríamos podido abrir un libro semejante, pero no puede menos de instar nuestra curiosidad el párrafo aquel que dice más o menos: «La infancia es un género inimitable, un reino aparte, como el reino animal y el reino vegetal». Y sin ninguna fe, empezamos a leer el libro estupendo, en el que aparecerán, lo

creemos así, muñecas y escenas infantiles, niños y niñas en su vida pueril.

Pero nada de eso. *The Young Visitors* «está embebido en la infancia como una esponja del mar», y no son niños, ni hadas, ni gnomos, ni ninguno de los personajes con que estamos seguros de satisfacer la imaginación infantil hasta su máximo, los que aparecen en este libro.

Es nuestra vida adulta la retratada en estas páginas ingenuas sin puerilidad, atrozmente irónicas sin pretenderlo. Nuestra vida adulta con sus amores y sus ambiciones, vista con la pupila de un niño sagaz, quien nos demuestra que en realidad no somos capaces de engañarlo con nuestras hipocresías y nuestras demasiado torpes mentiras.

Cuando los mayores escribimos un libro para un niño, pensamos siempre en hacerlo reír y en darle una lección moralizadora. ¡Válganos la intención, que a lo menos es buena! Generalmente conseguimos uno de nuestros propósitos y los hacemos reír. En otras ocasiones conseguimos apenas atemorizarlo y hacerlo soñar con un ridículo diablo con rabo y cuernos. Casi nunca logramos hacerlos reflexionar y nos quedamos muy tranquilos pensando que eso no tiene nada de raro, porque los niños no reflexionan nunca. Pero he aquí que ahora es un niño el que escribe un libro para nosotros, y todo

lo que nosotros no habíamos alcanzado respecto de él, lo alcanza él con creces a nuestro respecto. Nosotros hacemos reír a los niños con facilidad, pero ello no entraña un gran mérito si se toma en cuenta la facilidad con que los niños ríen, y si sabemos ser sinceros, no trepidamos en reconocer que ríen solos con mucho más facilidad que impulsados por nosotros.

Daisy Ashford, en cambio, haría reír a carcajadas aún a los temperamentos más secos y esquivos. De mí sé decir que desde que era niño no reía como reí al leer ese libro delicioso. Era como Daisy Ashford me hubiera enseñado de nuevo a reír.

En el prólogo de Cocteau encuentra uno frases que en principio parecen exageradas. Aquellas, por ejemplo: «toda lectura me parecía odiosa. Los libros me disgustaban. Me disgustaba también escribir. Daisy Ashford me ha reconciliado con la tinta. Me ha probado que el hastío que a veces nos ocasionan los libros proviene casi siempre de una ausencia de naturalidad en los escritores»... etc.

Leído el libro, se advierte que Jean Cocteau tiene razón. Si somos sinceros con nosotros mismos, tenemos que reconocer que el libro de esta niña de nueve años es lo único que nos ha interesado durante mucho tiempo. Su visión infantil de las cosas nos entrega una realidad deformada, enteramente

nueva. El talento de Daisy Ashford ha estado en que escribió sin afectación alguna, por el sólo impulso de escribir. No procuró atenerse a tal o cual norma: era demasiado pequeña y relató un suceso cualquiera, que en sí no tiene la menor importancia. Sin embargo, la atracción que su lectura nos produce, la ironía espontánea de su sensibilidad, la pasión con que leemos este libro desnudo, nos hace comprender de golpe hasta qué horrible punto la literatura artificiosa nos ha vedado todo el placer de la lectura.

Este libro «escrito todo de una vez», sin puntuación y sin ortografía, se parece (salvo en lo de la ortografía), pero en la factura en general, a los libros de Joice a veces, a veces a los de Girard. Son los dos escritores que hayan logrado tal vez la mayor ingenuidad de expresión posible. Sin embargo, ni uno ni otro logran atraernos con la potencia conseguida por el libro de Daisy Ashford, *The Young Visitors*. Joice especialmente está muy lejos de acercarse a la simplicidad íntima, y el retorcimiento de su espíritu nos ocasiona una fatiga inútil.

Daisy es perfecta. Ni una palabra demás. Todo a líneas rectas. Sentimos la primavera en su paisaje y no trae ella más elementos que una ribera musgosa, un árbol y una luna de oro. Hay enmarcado por ese paisaje una escena de amor. No sabemos nos-

otros más del amor que la niña de nueve años. En aquel amor no falta nada.

Sus personajes no tienen una actuación profunda, pero no por ello logramos olvidarlo. Sus líneas sombrías, no dan un esquema perfecto de la vanidad humana. Y sobre todas estas cosas que ponen a Daisy Ashford «en las más altas cimas del arte», frase esta también de Jean Cocteau, la gracia, la emanación directa de un espíritu sin circunloquios, que está en cada página, en cada reflexión, casi en cada palabra.

Daisy Ashford tiene en la actualidad cuarenta años. La crítica no la ha tomado en cuenta jamás como escritor de importancia, o mejor dicho, no la ha tomado en cuenta jamás como escritor. Su madre pertenecía al gran mundo. Ella oía detrás de las puertas o desde algún rincón las conversaciones de los grandes y corría a redactarlas en sus cuadernos de clase. Guardó sus manuscritos años de años, hasta que vino a descubrirlos J. M. Barrie, el autor de «Peter Pan». Daisy Ashford no ha escrito ni escribirá jamás lógicamente nada parecido. Seguramente no es una mujer de talento superior, acaso su talento no pasa de ser más que un talento corriente. La única cosa extraordinaria en ella, quizá, es la de haber tenido la dedicación suficiente, a los nueve años, para ponerse a escribir una novela.

Nos cabe la alabanza de que acaso fuera menos extraordinario de lo que parece, el que un niño se pusiera a escribir. Jean Cocteau dice: «Todos los niños escriben y dibujan, todos tienen una especie de genio, de histeria mágica, y, sin embargo, raras son las obras infantiles que despiertan en nosotros algo más que la simple curiosidad». Ello podría deberse a que a los niños en general no se les ocurre escribir sino cuando ya son mayorcitos: doce o catorce años. Entonces ya han leído, han leído esos estúpidos libros para niños que les damos nosotros, y como ha despertado en ellos la conciencia, creen acaso que es así cómo se debe escribir y nos imitan. Escriben también cuentos para niños, o sea, escriben como grandes sin sentir lo que escriben, por puro espíritu de imitación. Daisy Ashford seguramente no había leído nunca nada, probablemente tuvo la suerte de que jamás le contaran un cuento. Su novela es, pues, una novela realista. No tiene influencia alguna artificial, de ahí su encanto. Tan simple es, que leyéndola, se advierte, como decíamos anteriormente, la imposibilidad de la mistificación. No habría habido ingenio capaz, por ejemplo, de inventar un espíritu igualitario semejante. Cada lacayo tiene en este libro la misma situación preponderante del Príncipe de Gales. Daisy Ashford trata a cada uno de sus personajes con el mismo

interés. Todos ocupan el mismo plano en el espíritu de su pequeña creadora, y así como no podemos olvidar al señor Salteena, no podemos olvidar tampoco al *maître d'hôtel* Minnit.

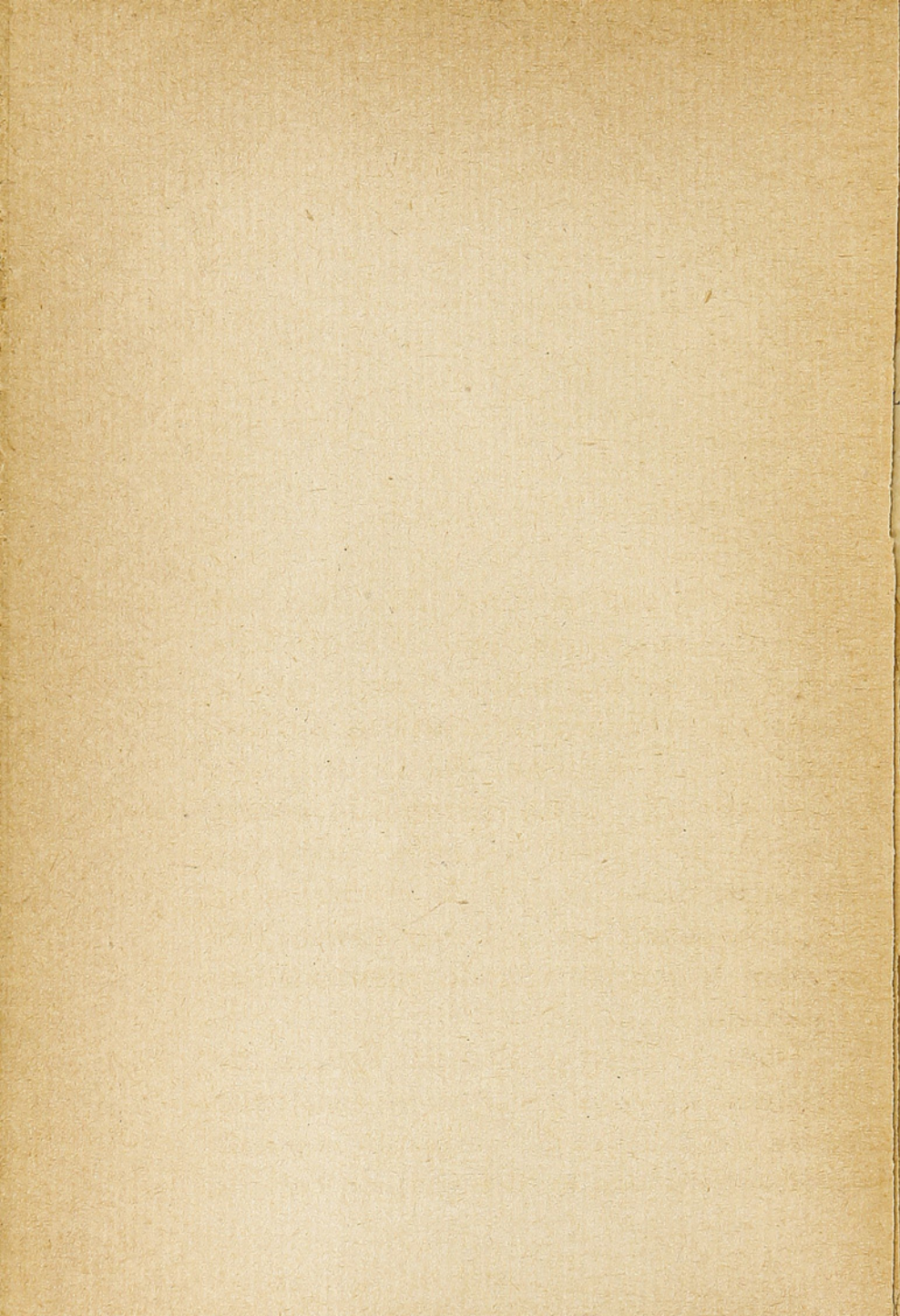
De esta novela pueden extraerse muchas conclusiones, ésta, entre otras: la literatura moderna es un arte al alcance de los niños, puesto que un niño ha superado de golpe a la mayor parte de los escritores modernos pero hoy por hoy la literatura de los niños es la única literatura posible.

Ya lo dijo Cristo: Sólo el que se asemeje a uno de estos pequeños, podrá entrar al reino de los cielos»... y al reino del arte, podríamos agregar ahora.

MARÍA MONVEL.

INTRODUCCIÓN

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN ORIENTAL



DAISY EN FRANCIA

Leí por la primera vez el libro de Daisy Ashford durante un período en el que toda lectura me parecía odiosa. Los libros me hastiaban. También me hastiaba escribir. Imagínese mi sorpresa. Puedo decir que Daisy Ashford me ha reconciliado con la tinta. Me ha probado que la frescura de alma puede tomar forma y que el aburrimiento que nos ocasionan los libros proviene casi siempre de una ausencia de naturalidad en los escritores.

¿Gustará Daisy en Francia? Quizás. En Inglaterra, un viejo gusto por los cuentos de hadas, da la ilusión del gusto por la poesía (exactamente todo lo contrario). En Francia,

el disgusto por la poesía no se enmascara con nada (salvo por el sentimentalismo universal). La poesía está hecha de milagros y el francés es incrédulo.

Cuando se habla de «The Young Visitors», he aquí la primera palabra del francés: «Es una farsa. Este libro no es de ella», etc... Adivinaréis el tema; tema de la inteligencia, de la finura, del pesimismo, de la factura luminosa.

Luego basta leer algunas líneas de Daisy Ashford para comprender que la superchería es imposible; para palpar el género mismo de la infancia, género inimitable. Pretender tal fraude, sería como intentar tejer una tela de araña con los dedos. La infancia es un reino, como el reino animal y el reino vegetal. Este libro sale de la infancia, embebido de ella, como una esponja del mar. Por lo demás, nada más raro que un ensueño o planta que, al salir de su elemento, no pierda su belleza. Todos los niños escriben y dibujan, todos tienen una especie de genio, de

histeria mágica. Raras son las obras infantiles que van más allá de la broma y que despiertan en nosotros algo más que la simple curiosidad.

«The Young Visitors» es una obra maestra del género. Podría ponerse bajo cristales en la sala de autógrafos del Museo Británico, como un Rosseau acaba de ser colocado en el Louvre. Entre los simples que, todos pintan como Rosseau, y los niños que, todos, escriben como Daisy Ashford, ellos solos han descolgado el tímalo y escalado en forma prodigiosa las altas cimas del arte. En Daisy Ashford las muecas de los personajes hacen pensar en las vírgenes del Giotto. La escena del almuerzo sobre la hierba, se diría que es un pájaro quien la cuenta, uno de los árboles testigos del idilio. Porque Daisy Ashford que tocaba todo y escuchaba todo, escuchaba de puerta en puerta y tocaba trepándose sobre las sillas. Después de estas escuchadas y estas miradas, lanzadas en desorden y ávidamente por la menor juntura del

misterio de la vida de las personas adultas, ella reorganiza un universo tan fuerte como el universo reorganizado por los novelistas y los poetas.

He instado mucho al «Rosal de oro» (1) para que publique esta obra maestra bajo el signo de Cristo: «Dejad venir a mí...»

Para hacer el falsario de «The Young Visitors», se requeriría un genio que deslumbraría por todas partes y denunciaría la mentira. Imposible. Poseemos para rebatir lo insostenible, el testimonio de una de las zonas más secretas del mecanismo humano. Esta obra pura necesitaba un traductor especial. Mauricio Sachs, seminarista, nos ofrece este trabajo y da el ejemplo de la libertad en que nos deja un verdadero espíritu religioso. Sachs había traducido este libro mucho antes de su vocación. Es no destruyendo esta obra donde prueba su libertad de alma. La literatura debe acoger con respeto este

(1) La célèbre colección, fundada por Maritain, que publica la Casa Plon de Paris.

pétalo de rosa artificial que trasciende la rosa. Afirmo que Sachs ha tenido el gusto perfecto de no trasladar las faltas de ortografía del texto inglés al texto francés. Hubiera sido como dar lugar a lo pintoresco y arriesgarse a interesar por las niñerías de las que la obra no tiene necesidad para deslumbrar.

JEAN COCTEAU.



DE MAURICE SACHS

The Young Visitors, que ahora presentamos en esta introducción, ha conocido en Inglaterra desde su publicación un increíble éxito. La autenticidad de este libro no puede ser puesta en duda.

La autora, Daisy Ashford, que tiene hoy alrededor de cuarenta años, había escrito

esta historia a la edad de nueve años, como lo afirman los señores Chatto y Windus, los editores, por intermedio del señor J. M. Barrie, el famoso autor de «Peter Pan», que fué el padrino de Daisy en su entrada a la vez precoz y tardía en el mundo de las letras.

Nosotros no hemos creído necesario traducir aquí el prefacio de M. Barrie, en el cual, a causa de las numerosas citas del volumen que él presenta, no dejan casi ninguna sorpresa al lector.

Daisy Ashford vivía cerca de su madre, mujer elegante, y que recibía sin duda un gran número de personas de la sociedad.

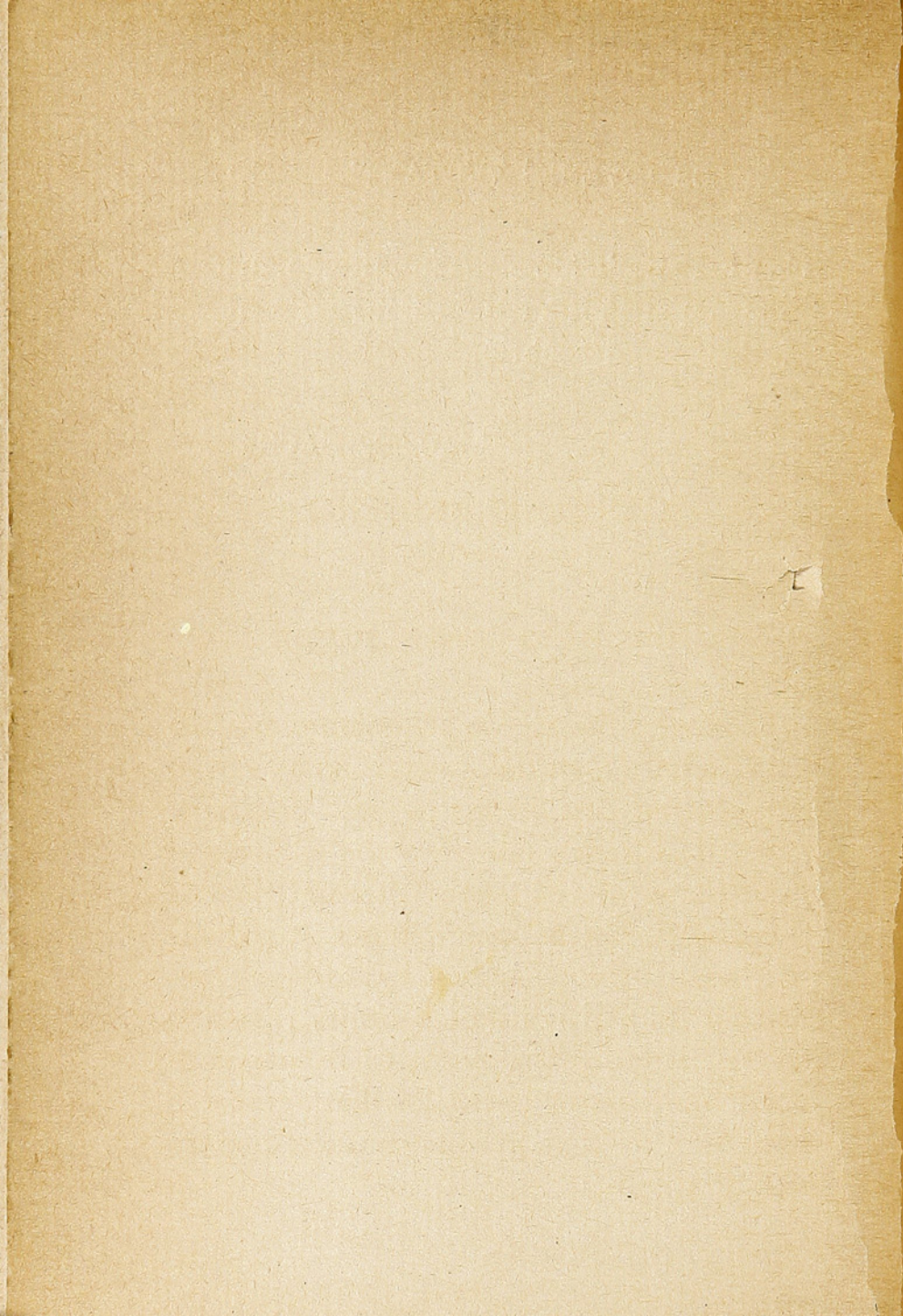
Es así como conoció ella desde muy cerca todo lo que era la vida de los dandys en los tiempos en que Eduardo VII era príncipe de Gales.

Daisy escuchaba atentamente y corría a escribir sus historias sobre menudos cuadernos de clase, con lápiz, sin puntuación, y todo de un tirón.

Una vez terminado el manuscrito, lo guardó por largos años en un cajón, hasta que J. M. Barrie lo descubrió.

MAURICE SACHS.





CAPÍTULO PRIMERO

Una niña muy joven

El señor Salteena era un hombre maduro de 42 años y le gustaba rogar a las gentes que vivieran con él. Había una niña muy joven de 17 años que vivía con él llamada Ethel Monticue. El señor Salteena tenía los cabellos cortos oscuros bigotes y patillas muy negros y engomados. Era de talla mediana y tenía pálidos ojos azules. Llevaba un traje marrón claro pero los domingos se ponía uno negro y todos los días llevaba un sombrero de copa porque pensaba que era más atrayente.

Ethel Monticue tenía los cabellos rubios y los ojos azules. Llevaba un traje de terciopelo azul que le había quedado un poco corto de mangas. Llevaba un sombrero negro y guantes de piel de cabra.

Una mañana el señor Salteena bajó para el desayuno y vió que Ethel había bajado la primera lo que era muy extraño.

—¿Es que el desayuno ya está listo Ethel? dijo él frotándose las manos.

—Sí dijo Ethel y un paquete de forma muy curiosa ha llegado para usted.

Sí verdaderamente era un paquete de forma curiosa era una caja de sombreros sólidamente atada y una carta en sobre metida dentro de las ataduras.

—Bien dijo el señor Salteena llegan paquetes curiosos yo leeré la carta primero. Y así diciendo extrajo la carta y he aquí lo que decía

Mi querido Alfredo

Quisiera que usted viniese a pasar algunos días conmigo para lo que le remito un sombrero de copa envuelto en un papel de seda en esa caja. Usted lo llevará cuando esté en mi casa porque es muy original. Traiga le ruego una de sus damas aquella que le parezca a usted la más linda.

Suyo

Bernardo Clark

—Bien dijo el señor Salteena. La llevaré a usted Ethel y qué buena idea la de enviarme un sombrero de copa. Entonces el señor Salteena abrió la caja y encontró el más magnífico sombrero de copa de una espléndida tela color como de uva con una cinta que lo rodeaba por completo.

—Pero dijo el señor Salteena no sé si dejaré aquí esta cinta es un poco frívola para mi edad. Se sentó y se comió un huevo que Ethel le había traído gentilmente.

Cuando terminó su cena subió corriendo la escalera con sus gruesas piernas cogió sus avíos de escribir y sorbiendo muy fuerte he aquí lo que escribió

Mi querido Bernardo

Por cierto que iré a verlo el lunes próximo. Llevaré conmigo a Ethel Monticue llamada vulgarmente Miss M. Ella es muy viva y linda. Espero divertirme mucho en su casa. Me gusta trabajar en el jardín tengo placer en ver señoras cuando son guapas. Supongo que es mi naturaleza. No soy lo que se llama un hombre de mundo pero usted apenas se apercibirá de ello y en todo caso eso tiene arreglo. Iremos como a eso de las tres y cuarto.

Su viejo y estimado amigo

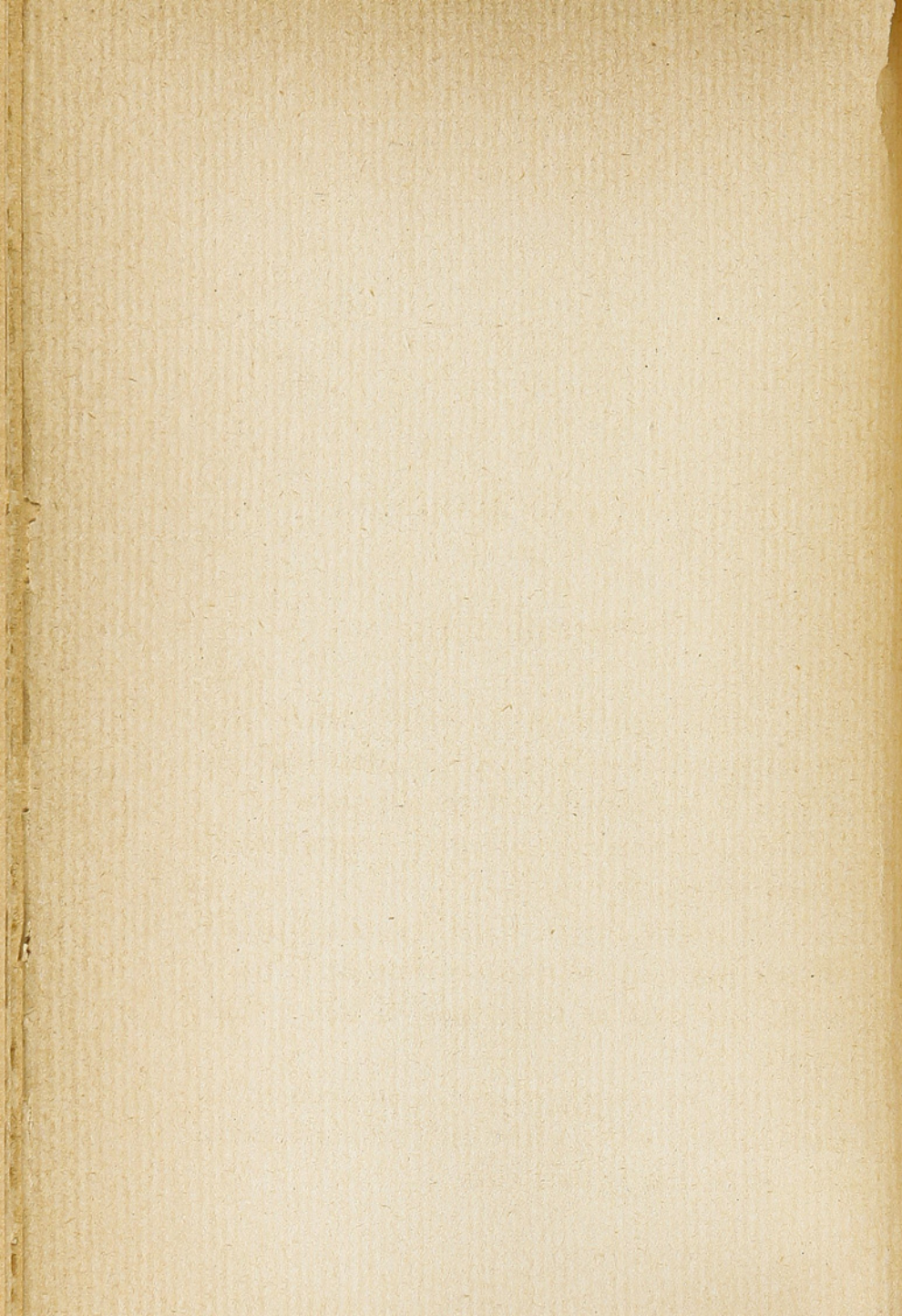
Alfredo Salteena

Puede que mis lectores se pregunten por qué Bernardo Clark ha invitado a su casa al señor Salteena.

Era un hombre solitario vivía en un lugar retirado y le gustaban los grupos de amigos pero tenía pocos.

—Quéporquería refunfuñó Bernardo Clark cuando leyó la carta del señor Salteena.

Era un hombre bastante presuntuoso.



CAPITULO SEGUNDO

Partida feliz

Cuando llegó el gran día el señor Salteena no pidió huevos en el desayuno de miedo de enfermarse durante el viaje.

—Cuál de sus sombreros de copa llevará usted preguntó Ethel.

—El negro mejor y mi guardapolvo de alpaca blanca para preservarme de la tierra y de las moscas respondió el señor Salteena.

—Yo me pondré carmín en las mejillas dijo Ethel porque estoy muy pálida a causa de los ruidos de esta casa.

—Parecerá usted una tonta dijo el señor Salteena con una risa seca.

—También usted dijo Ethel con aspereza y salió corriendo de la habitación lanzando sus piernas detrás de ella y moviendo sus brazos a compás.

—Sí dijo la propietaria de la casa tiene una manera de correr idiota.

Algunos instantes después Ethel volvió con su mejor sombrero y un soberbio abrigo de terciopelo azul rey.

—Estoy bonita con este traje preguntó.

El señor Salteena la miró atentamente.

—Los colores son un poco audaces para su color querida pero eso no importa. Subo un instante a despedirme de Rosalinda la criada.

—No se demore dijo Ethel.

El señor Salteena subió la escalera de un salto hasta el cuarto de Rosalinda.

—Hasta luego Rosalinda dijo. Pronto estaré de vuelta espero que me divertiré.

—No lo dudo señor dijo Rosalinda di-

simulando su alegría cuando el señor Salteena depositó sobre la sucia cubierta de la mesa de toilette dos chelines seis.

—Cuide mucho su bronquitis dijo con timidez el señor Salteena abandonando la habitación con rapidez y haciendo con la mano un gesto cariñoso a la criada.

—Apúrese gritó Ethel empolvándose la nariz en el hall. Subamos en el coche.

El señor Salteena no se fijó en los polvos pero como no era un hombre egoísta se metió en el coche.

—Siéntese usted dijo Ethel mientras el cochero agitaba la huasca porque está pisando mis maletas.

—Bastante tengo que pagar por el coche para que no me sea permitido poner los pies donde me da la gana.

Viajaron en segunda clase en el tren y Ethel hubiera querido ir en primera pero pensó que mientras menos hablara mejor lo pasarían.

El señor Salteena iba muy nervioso en el

tren a causa de la visita. Ethel también pero lo disimulaba.

—Bernardo tiene una gran casa dijo el señor Salteena mirando a Ethel lleva camino de ser muy rico.

—Sí dijo Ethel mirando las vacas que pasaban como relámpagos por detrás de los vidrios.

El señor Salteena se sintió desamparado y se puso a leer el diario hasta que el tren se detuvo y los porteros gritaron la estación de Rickamere.

—Haremos bien en juntar nuestras maletas dijo el señor Salteena y justamente un lacayo grandioso con un sombrero de cuernos y un uniforme verde oliva asomó la cabeza por la ventanilla.

—Van ustedes a Reckamere Hall dijo con una voz que impresionaba.

—Sí dijo el señor Salteena y esta señorita también.

—Muy bien señor dijo el noble lacayo

si ustedes me lo permiten cuidaré el equipaje un coche les aguarda.

—Gracias gracias dijo el señor Salteena y subió con Ethel al coche. Se encontraron con un maravilloso coche tapizado de cojines verde oliva para ir con el lacayo y los caballos tenían las bridas verdes y lazos en las crines y en la cola.

Subieron suavemente.

—Él llevará nuestras maletas preguntó Ethel con inquietud.

—Supongo que sí dijo el señor Salteena encendiendo un gran cigarro.

—Se le dará una propina preguntó Ethel dulcemente.

—No lo creo. Todavía no. Será mejor que le demos las gracias cortésmente.

En ese mismo momento el lacayo salió tropezándose en las maletas. Ethel le dirigió un amable saludo por la ventana del coche y el señor Salteena contaba los bultos en los dedos para estar bien seguro de que todos estaban allí Entonces dijo

—Gracias buen hombre con mucha cortesía.

—De nada señor dijo el lacayo y tomando su sombrero de picos se trepó a su sitio con rapidez.

—Tuve razón en no darle propina suurró el señor Salteena lo que se debe hacer es que usted le deje seis chelines seis sobre su mesa de toilette cuando nuestra estadía en la casa termine.

—Los encontrará preguntó Ethel que no sabía bien como conducirse de visita.

—Supongo dijo el señor Salteena en todo caso es la costumbre y no es culpa nuestra si él no los encuentra. Pero dígame querida que piensa usted del paisaje

—Muy lindo dijo Ethel fijando la mirada en la rica manta de piel que estaba sobre sus rodillas.

El coche corría justamente por una soberbia avenida con árboles altos y grandes flores rojas que dejaban caer por todas partes hojas sombrías y brillantes. En esos mo-

mentos el orgulloso cochero golpeó con estrépito en una puerta cochera con altos pilares a cada lado una gran campana de bronce y dos raspabarros muy buenos.

Las puertas se abrieron como por encanto. Ethel saltó y un noble portero apareció en escena con un delantal reluciente y un inmenso rostro pálido.

—Bienvenido señor gritó cuando el señor Salteena bajó del carruaje y tenga la bondad de entrar.

El señor Salteena entró en el acto seguido de Ethel.

El lacayo se debatía aún con las maletas y el portero cuyo nombre era Francisco Minnit le dió la mano amablemente. El hall era muy grande y estaba tapizado de fusiles de tapices y de antigüedades lo que le daba un aire triste pero imponente.

El portero los hizo bajar a un corredor con corriente de aire hasta la puerta que abrió bruscamente gritando

—El señor Salteena y una dama señor

Un hombre alto de unos veintinueve años se levantó de un sillón.

Se doblaba un poco en dos a causa de sus largas piernas tenía ojos azules y cabellos rubios.

—Mi amigo dijo llega usted aquí sano y salvo sin miembro roto.

—Bernardo respondió el señor Salteena déjeme presentarle a la señorita Ethel Monticue que está muy contenta de haber venido.

—Oh sí respondió Ethel enrojeciendo bajo sus afeites.

Bernardo la miró vivamente y se puso de un rojo obscuro.

—Estoy encantado de verla dijo y espero que usted se divertirá. Yo nada he arreglado todavía porque no conozco a nadie.

—No se inquiete murmuró Ethel yo salgo poco a sociedad y le dirigió una graciosa sonrisa.

—Supongo que a usted le gustará tomar té dijo Bernardo voy a llamar.

—Ya lo creo dijo el señor Salteena apresuradamente.

Bernardo tocó el timbre y el portero entró con calma.

—El té haga el favor Minnint exclamó Bernardo Clark.

—Con mucho gusto señor respondió Minnint, con un saludo profundo.

Un magnífico té fué servido en una bandeja de oro. Dos clases de pan y mantequilla, una hermosa torta rodeada de confites y pasteles azucarados.

Los ojos de Ethel chisporroteaban mientras duró la merienda.

—Quizás quiera usted desembalar sus cosas dijo Bernardo cuando terminaron.

—Ya lo creo es la idea del señor Salteena.

—He reservado la mejor pieza de que puedo disponer a la señorita Monticue dijo Bernardo con un galante saludo y la suya dijo dirigiéndose al señor Salteena está comunicada así estarán ustedes mejor los

dos cuartos tienen hermosas ventanas y una linda vista.

—Encantador dijo Ethel.

—Subamos entonces respondió Bernardo.

Y le mostró el camino a través de una escalera correntosa hasta que llegaron a una puerta de encina con soberbios cisnes y juncos pintados encima.

—Llegamos exclamó con alegría.

La habitación de Ethel era de verdad un hermoso departamento con cortinas de seda violeta y un lecho de cuatro columnas tapizado en el mismo tono.

El servicio de toilette era blanco y malva y había violetas en un costoso vaso.

—Cielos gritó Ethel maravillada.

—Estoy feliz de que le guste dijo Bernardo y ahí tiene usted la suya Alfredo.

Abrió la puerta de comunicación y dejó ver un cuarto más pequeño pero exquisito todo amarillo pálido con primores silvestres.

—Mi cuarto está cerca de la sala de baños

dijo Bernardo está tapizado de rojo porque tengo gustos sombríos. La sala de baños posee una cubeta con balanza y una especie de tubo para lavarse la cabeza.

—Buena idea dijo el señor Salteena que se ponía secretamente celoso.

Dejemos a nuestros amigos desembalándose y concluyamos este capítulo.

CAPÍTULO TERCERO

La primera soiree

Cuando estuvieron listos el señor Salteena y Ethel bajaron a comer. El señor Salteena se había vestido porque pensó que era preciso y se puso unos botones de rubíes que compró en una tienda. Ethel se había puesto un traje de seda amarillo cubierto de tul que estaba muy a la moda y llevaba un collar que el señor Salteena le había regalado para su cumpleaños. Estaba muy linda y contenta y Bernardo lanzó un suspiro al darle el brazo para ir al comedor. El maitre d'hotel Minnit estaba presto para el combate para-

do muy tieso rodeado de dos lacayos en traje de felpa verde con bucles blancos que se llamaban Carlos y Horacio.

—Bien dijo el señor Salteena tragándose la sopa de tortuga usted tiene una casa suntuosa Bernardo.

Su amigo tuvo una sonrisa y bebió unas cuantas gotas de vino de sherry.

—Es más o menos decente dijo lanzando una mirada tímida a Ethel. Después de la cena les haré los honores de la casa.

—Muchas gracias dijo el señor Salteena que comenzaba a batirse con los tenedores.

—Usted debería dar un baile hizo notar Ethel usted tiene para ello grandes habitaciones.

—Sí hay bastante sitio respondió Bernardo entornando los párpados.

—Podemos ensayar los pasos y con el tiempo puede que conozca a varias personas.

—En efecto respondió Ethel enviándole una mirada cargada de palabras.

El señor Salteena se ponía un poco grosero y ésto aumentó cuando el oporto apareció sobre la mesa y el maitre d'hotel distribuía preciosas bolas para las manos. Él no tenía en su casa e hizo todo lo que vió hacer a Bernardo Clark.

Después de comer Ethel tocó hermosos aires en el piano y Bernardo respondió con una canción un poco ruidosa con una voz de bajo y Ethel lo aplaudió mucho. En seguida el señor Salteena propuso algunas adivinanzas porque el no era músico. Entonces Bernardo dijo.

—Les mostraré mis dominios y se fueron a dar una vuelta por el vestíbulo.

—Veo que usted tiene muchos antepasados dijo el señor Salteena con acento celoso. Quiénes son.

—Son todos absolutamente auténticos. Esta es mi tía Carolina éra un poco excéntrica y bastante vieja.

—Es lo que veo dijo el señor Salteena

y pasó frente a otra una señora con un traje muy cerrado y de una extraña forma.

—Esta es Mary Ann Fuge mi abuela dijo Bernardo era muy conocida en su tiempo.

—Por qué preguntó Ethel que era de naturaleza curiosa.

—No sé por qué pero lo era dijo Bernardo y pasó al retrato siguiente. Éste era el de un hombre con la cara muy gorda y sonriente con un lazo rojo alrededor de él y una cantidad de medallas.

—Mi tío abuelo Ambrosio Fudge dijo Bernardo con desgano.

—Tiene aspecto de verdadero antepasado dijo Ethel con complacencia.

—Bien que lo era dijo Bernardo con tono altivo. En realidad era el hijo siniestro de la reina Victoria.

—No verdaderamente dijo Ethel exitada pero qué quiere decir eso

—No lo sé a ciencia cierta dijo Bernardo me intriga mucho, pero los antepasados son a veces extraordinarios.

—Acaso quiera decir ahijado dijo el señor Salteena con voz inteligente.

—No lo creo dijo Bernardo pero lo he oído decir claro.

—En todo caso es muy impresionante dijo Ethel.

—Sí replicó su huésped cordialmente.

—Quién es esta dijo el señor Salteena deteniéndose frente a una dama que sostenía unos racimos de uva y sonreía mucho.

—Su nombre era Minnie Pilato respondió Bernardo. Es pariente lejana pero una verdadera pariente estuvo de novia con el conde de Tullyvarden sólo que no llegaron a casarse.

—Qué desgracia exclamó Ethel.

—Es desgracia exclamó Bernardo pero ella se casó con un capitán de marina y tuvo siete hijos. Entonces estaba tan bien como es posible.

En estos momentos el señor Salteena pensó que estaría ya bien irse a la cama porque

había hecho un largo viaje. Bernardo hacía siempre algunas plegarias en el vestibulo y tomaba un poco de whisky después porque era muy piadoso. Pero el señor Salteena no era muy afecto a las plegarias de modo que subió a acostarse. Ethel se quedó porque pensó que debía quedarse. El maitre d'hotel entró porque era un hombre muy santo y Bernardo recitó piadosamente el Padre Nuestro y un himno muy bueno llamado Yo contendré mi cólera y una Decena del Rosario. Ethel hizo lo mismo discretamente y Francisco Minnit se condujo con tanta devoción que Ethel pensó que se encontraba en el seno de una familia muy santa.

Y de esta manera terminaré mi capítulo.

CAPÍTULO CUARTO

El plan del señor Salteena

El señor Salteena se despertó muy temprano al día siguiente y se sorprendió encantado al ver entrar a Horacio el lacayo con una taza de té.

—Gracias amigo dijo el señor Salteena acurrucándose en su hermoso lecho.

—El señor Clark va a salir ya del baño señor anunció Horacio. Tendré gran placer en prepararlo para usted si tal es su deseo.

—Puede usted hacerlo dijo el señor Salteena comprendiendo que eso era lo que

debía hacerse y Horacio hizo un profundo saludo.

—Ethel se levanta usted exclamó el señor Salteena.

—Casi exclamó Ethel con voz lánguida desde la pieza vecina.

—Oiga dijo el señor Salteena con agitación a mí ya me han traído el té.

—A mí también respondió Ethel.

Entonces el señor Salteena se metió una bata malva con rayas amarillas y cogiendo su jabón se precipitó a la sala de baño que era muy suntuosa. Poseía una maravillosa bañera blanca y brillante con llaves relucientes y muchas toallas compuestas en orden de batalla por el previsor Horacio. Poseía también una escalera para subir a la bañera y otros ingeniosos sistemas de clase rica. El señor Salteena se lavó y se sintió mucho mejor.

Después del desayuno el señor Salteena preguntó a Bernardo si podía tener una conversación privada con él.

—Ya lo creo respondió Bernardo si usted quiere venga a mi habitación y podemos cambiar algunas palabras.

—Puedo ir yo también dijo enfurruñada Ethel.

—No querida mía dijo el señor Salteena se trata de algo privado.

—Quizás más tarde me será permitido tener con usted una conversación privada señorita Monticue dijo amablemente Bernardo.

—Sí cierto dijo Ethel.

Entonces Bernardo y el señor Salteena se retiraron al escritorio y se sentaron en dos sillones.

—Apúrese dijo Bernardo encendiendo su pipa.

—No puedo despachar tan pronto dijo con voz lenta el señor Salteena es una cuestión seria y usted puede aconsejarme porque estoy seguro que usted es un verdadero hombre de mundo.

—Qué puedo yo hacer por usted Alfredo.

—Puede usted ayudarme a parecer más un hombre mundano dijo el señor Salteena un poco colorado. Yo estoy bien como estoy pero quisiera ser todavía mejor afirmó palmoteándose las rodillas.

—No sé bien dijo Bernardo pero es posible que ello lleve mucho tiempo.

—Verdaderamente dijo el señor Salteena yo trabajaré como un negro durante los años que sean necesarios.

Bernardo se rascó la cabeza.

—Por qué no ensaya usted el Cristal Palace dijo Muchas personas Condes y aún Duques tienen sus departamentos privados.

—Pero yo no soy Conde dijo el señor Salteena con acento de perplejidad.

—Es cierto respondió Bernardo pero yo sé que también hay una especie de estudiantes que quieren entrar en el Ministerio de la Guerra y en sitios sobresalientes.

—Será eso una ayuda preguntó vivamente el señor Salteena.

—Quizás dijo Bernardo. Puedo darle una

carta para mi viejo camarada el Conde de Clincham que vive allí y podrá pulirlo un poco y con el roce social se pondrá usted de seguro más presentable.

—¡Oh mil gracias! dijo el señor Salteena. Iré allí en cuanto pueda si usted me promete vigilar a Ethel durante mi ausencia.

—Oh sí dijo Bernardo. Es probable que vaya pronto a la ciudad y ella podría acompañarme.

—Es usted muy amable dijo el señor Salteena y espero que no se aburrirá con ella.

—No lo creo dijo Bernardo es una linda niña alegre y muy viva. Y se puso de un rojo subido.



CAPÍTULO QUINTO

El Cristal Palace

Hacia las nueve de la mañana del día siguiente el señor Salteena estaba de pie con una maleta en la mano en el vestíbulo ancestral esperando el coche que debería llevarlo a la estación. Bernardo Clark y Ethel estaban sentados lado a lado mirando a hurtadillas al invitado que partía.

Horacio se había precipitado fuera para ponerse su tricornio porque debía ir en la calesa pero Francisco Minnit erraba en el vestíbulo muy preparado para vigilarlo todo.

—Y bien dijo Bernardo lanzando una

bocanada de humo de su pipa de espuma espero que usted se sacudirá Alfredo. Estoy seguro que no olvida usted la carta para el viejo Chincham eh.

—Por cierto que no la olvido dijo el señor Salteena. Muchas gracias espero que Ethel se conducirá bien.

—Así lo creo dijo Bernardo suspirando.

—Siempre me conduzco bien dijo Ethel agriamente.

En ese momento se sintió fuera un gran ruido de herraduras y fuertes relinchos.

—Presumo que es la calesa dijo Bernardo levantándose con lentitud.

—La misma señor dijo Minnit abriendo de par en par la puerta de la reja.

—Hasta luego Alfredo mi amigo dijo Bernardo Clark buena suerte y que Dios os bendiga prosiguió con acento piadoso.

—De nada dijo el señor Salteena yo he estado encantado aquí. Hasta luego Ethel hija mía dijo con la maleta en la mano y avanzando hacia la puerta. Francisco Minnit

saludó profundamente y pasó un pequeño paquete al señor Salteena.

—Algunos sandwiches para el viaje murmuró.

—Oh qué amable dijo el señor Salteena.

Minnit cerró los ojos con una sonrisa cansada.

—No es ninguna amabilidad señor dijo con voz muy natural.

—Oh verdaderamente dijo el señor Salteena sintiéndose estupefacto. Bien hasta luego buen hombre y deslizó 2 chelines 6 en la mano abierta del maitre d'hotel.

El señor Salteena tuvo que viajar en primera clase porque el activo Horacio había comprado los pasajes que le presentó con un profundo saludo y también el *Times* y *Tit-Bits*.

—Oh muchas gracias amigo dijo el señor Salteena con la voz más desenvuelta ahora quiere usted tomarme un sitio en el tren eh.

—Ya he tomado uno respondió Horacio.

El señor Salteena entró en su comparti-

mento de primera clase rodeado de las maletas cuidadosamente apiladas por el previsor Horacio. Los otros viajeros miraban con envidia la blanca peluca rizada y el uniforme de felpa verde de Horacio.

El señor Salteena cruzó las piernas como un Lord y se echó una manta de terciopelo sobre las piernas aunque él tenía en conciencia más calor que frío. Comenzaba a darse cuenta que este era el primer paso dado hacia otra vida y sonrió oprimiendo dulcemente la carta en el bolsillo de atrás de la chaqueta. Cuando el señor Salteena llegó a Londres comenzó por errar por las principales calles encontrándolo todo muy alegre. Pronto llegó frente a un Restaurant que ostentaba afuera un gran *Menú* y entró con mucha audacia.

Era un suntuoso recinto todo decorado de oro y con muchos espejos. Muchos caballeros y damas elegante tomaban ya su parte de escogidos manjares de vinos finos y de whisky y la escena era por demás ani-

mada. El señor Salteena tomó un pequeño whisky para sentirse más animado después él comió Curry al son de un lindo aire de vals que tocaba la orquesta. Pidió la cuenta y sonrió amablemente a los mozos sintiéndose interiormente muy nervioso.

—Conozco la vida a fondo se dijo a sí mismo al pagar la cuenta en la oficina.

Afuera el señor Salteena se encontró con un guardián.

—Puede usted decirme ¿dónde está el Cristal Palace? dijo el señor Salteena nerviosamente.

—Ya lo creo dijo el guardia cordial pero yo que usted tomaba un fiacre.

—Si tal es su opinión dijo el señor Salteena la seguiré.

Llamó un fiacre y se subió en él prontamente. Al Cristal Palace gritó con alegría sujetando sobre las rodillas su maletín y se preparó a admirar las bellezas de la Metrópoli. Fué un paseo delicioso pero pronto el Palace estuvo a la vista. El señor Salteena

saltó fuera del coche pagó al cochero y entró en el increíble edificio. Su corazón palpitaba con violencia mientras que dos inmensos lacayos galoneados de oro abrían las puertas de par en par. Al interior había una maravillosa fuente y en torno un sinnúmero de pequeños kioscos donde usted podía comprar bombones y limonada y perfumes y pañuelos de bolsillo y muchos otros artículos encantadores. Había mucha gente pero nadie que fuese particularmente notable.

Al fin después de haber comprado tres botellas de perfume y bastantes ricos bombones que le sonaban entre los dientes el señor Salteena llegó frente a una puerta de madera sobre la cual estaba colocada una plancha que decía: Hacia los Departamentos Privados.

Ah se dijo así mismo el señor Salteena aquí estará mi próximo alojamiento.

Y empujó la puerta con dulzura no sabiendo qué hacer de su sombrero de copa.

Al interior se encontró en un corredor débilmente iluminado con un espejo y elegante tapiz.

El señor Salteena miró bien en torno y apercibió en la sombra a un señor muy importante de aspecto que estaba leyendo el periódico y calentándose las manos sobre el radiador. El señor Salteena avanzó en la punta de los pies y tosió dulcemente porque hasta ese momento el señor no lo había notado. A la segunda tos alzó los ojos con aire ausente.

—¿Quiere usted alguna cosa? preguntó con la voz más noble.

El señor Salteena se sintió muy conmovido.

—Ando en busca del señor de Clincham comenzó con voz temblorosa. Sería usted por acaso agregó respetuosamente.

—No precisamente respondió el otro. Mi nombre es Eduardo Procurio. Yo soy medio italiano y soy el grom de los departamentos.

—¿Cuáles departamentos? dijo el señor Salteena guiñando un ojo.

—Estos respondió Eduardo Procurio agitando su brazo flaco.

El señor Salteena se fijó entonces en muchas puertas rojas con nombres de personas sobre cada una.

—Oh ya lo veo dijo entonces puede usted decirme dónde podré encontrar al Conde de Clincham.

—Al fin del corredor cuarta puerta en el fondo dijo maquinalmente Procurio. Puede que haya salido nunca se puede saber de fijo lo que están haciendo.

—Nunca dijo el señor Salteena con interés.

—No se podría apostar nada dijo Procurio volviéndose naturalmente otra vez a los tubos de agua caliente y eso que yo sé más que la mayor parte de las gentes sobre los huéspedes de aquí.

—Quiénes son los que frecuentan al Conde de Clincham dijo el señor Salteena.

Procurio sonrió.

—Numerosos y muy variados respondió. En mi situación no puedo decir mucho pero en toda edad se aprende.

Lanzó un suspiro y alzó los hombros.

—Bien buenos días dijo el señor Salteena sintiéndose mejor para la entrevista.

Procurio bajó la cabeza en silencio mientras que el señor Salteena descendió por el corredor. Por fin llegó a una puerta signada *Clincham Conde* en letras muy grandes.

Con el corazón palpitante el señor Salteena tiró la campanilla y la puerta se abrió por sí misma bruscamente. Al mismo instante se escuchó una voz alegre que venía de lejos.

—Entre tenga la bondad estoy en el escritorio primera puerta a la izquierda.

De un salto el señor Salteena obedeció estas órdenes y se encontró en una pequeña pero elegante habitación tapizada en cuero verde oscuro con armas grabadas en las sillas. Sobre la chimenea se hallaba colocado

el retrato de una dama escotada que tenía todo un aire de circunstancias. En el escritorio estaba sentado un hombre alto de treinta y cinco años con lindos ojos relucientes y cabellos ensortijados llevaba puesto un traje muy sencillo gris pálido pero muy bien cortado y sobre la mesa reposaba un sombrero de copa gris que evidentemente había estado calocado recién sobre su cabeza. Tenía una rosa en el ojal.

—Salud dijo este amable muchacho apesar de que el señor Salteena se había casi desvanecido sobre la alfombra.

—Salud Su Señoría respondió nuestro héroe saludando profundamente y dejando caer su colero. Tengo el honor de hablar al Conde de Clincham?

—El mismo dijo con una sonrisa llena de simplicidad. A quién tengo el honor de hablar?

Nuestro héroe volvió a saludar. Alfredo Salteena dijo con voz grave:

—Así lo veo dijo el bondadoso Conde

entre buen hombre y dígame quien es usted.

El señor Salteena se sentó delicadamente en el borde de una silla con armas.

—Para decirle la verdad Mylor yo no soy nadie que valga la pena no soy lo que se llama un hombre de mundo concluyó todo confundido y muy rojo.

—Tome usted un poco de whisky dijo el conde de Clincham.

Y vertió el líquido sobre un vaso que se encontraba cerca de su codo.

El señor Salteena se lo bebió de un sorbo con reconocimiento.

—Bien amigo dijo el bondadoso Conde Es lo que hay que hacer. No todos podemos ser de Sangre Real verdad.

—No dijo el señor Salteena pero yo imagino que usted sí lo es.

Lord Clincham alzó una mano con aire displicente.

—Una pequeña porción corre en mis venas dijo pero esto no me causa el menor orgullo además agregó piadosamente creo

que en el Día del Juicio no llevaré ventaja por eso.

El señor Salteena lanzó un suspiro:

Yo pienso en este mundo de abajo dijo.

—Ya lo sé dijo el Conde pero mi opinión personal es que esas cosas no son sino bolas de nieve al viento.

—No siendo Conde yo no puedo opinar respondió nuestro héroe pero me será permitido rogarle que lea esta carta Mylord.

Sacó la carta de Bernardo del bolsillo de su chaqueta. El Conde de Clincham la cogió entre sus largos dedos. Y he aquí lo que leyó:

Mi querido Clincham

El portador de esta carta es uno de mis amigos un poco de la mano izquierda como se dice es hijo de un excelente carnicero pero su madre era una persona decente llamada Hyssope así como usted vé no resulta tan mal y está verdaderamente deseoso de estar bien. Puede usted empujarle un poco en los caminos de la Sociedad. Yo no tengo

muchos detalles sobre él pero de seguro él le ilustrará al respecto.

Estoy sin novedad y espero que le ocurrirá a usted lo propio.

Me hace falta dar un salto un día a los Departamentos para verle.

Su fiel amigo de siempre

Bernardo Clark.

El Conde tosió imperceptiblemente y fijó en el señor Salteena una mirada pensativa.

—Tiene usted mucho dinero y está usted dispuesto a derrocharlo.

—Ya lo creo respondió el señor Salteena anhelante tengo bastante en el banco y 10 libras en oro listas en mi portamonedas.

—Ve usted estos Departamentos son el rendez vous de la aristocracia y la gente que quiere ser algo procura vivir un tiempo aquí. Me comprende.

—Perfectamente dijo el señor Salteena.

—Personalmente tengo debilidad por los

que no son nadie dijo Su Señoría Yo no le esconderé por cierto que nosotros exigimos una buena suma de dinero por nuestra enseñanza pero sin embargo si usted no quiere pagar usted no tiene ninguna necesidad de venir.

—Quiero y puedo exclamó el señor Salteena y depositó su billete de 10 libras sobre el escritorio.

Su Señoría lo eslizó en el bolsillo de su pantalón.

—Por todo son cuarenta y dos libras que usted puede pagar poco a poco como quiera.

—Gracias exclamó el señor Salteena.

De nada dijo el Conde y ahora manos a la obra. Mientras que usted viva aquí vivirá en los departamentos del subsuelo conocidos con el nombre de Lower Ranbres. Usted recibirá muchos consejos del Groom de los Departamentos sobre las costumbres y la etiqueta respecto de los criados. Usted estudiará gramática conmigo y es preciso

que yo lo lleve a la casa y al tiro al blanco para dirigirlo un poco. Yo doy también reuniones de señoras a las que usted asistirá ocasionalmente.

Los ojos de el señor Salteena brillaban de convicción.

—Me encantará esto gritó.

Su Señoría tosió fuertemente.

—Hará usted bien en no casarse durante su instrucción dijo con firmeza.

—Oh eso no será necesario gracias dijo el señor Salteena.

—Usted debe también elegir una profesión dijo Su Señoría porque su instrucción variará en consecuencia.

—Podría ser no importa qué cosa en Buckingham Palace dijo el señor Salteena con los ojos brillantes.

—No sé bien dijo el Conde pero usted puede galopar al lado de la carroza real si usted quiere ensayar.

—Ya lo creo que querré exclamó el se-

ñor Salteena amo apasionadamente la corte y las majestades.

—Bien dijo el Conde con una sonrisa de inteligencia arreglaré todo esto con el Príncipe de Gales con el cual soy bastante amigo.

—Imposible balbuceó el señor Salteena.

—Sí por Dios afirmó el Conde con indiferencia y si decidimos para usted que galope junto al cortejo real será preciso tomarle a usted la medida inmediatamente para hacerle hacer un traje de felpa.

El señor Salteena lanzó una mirada a sus piernas demasiado gordas y suspiró.

—Y bien es preciso que yo salga inmediatamente á hacer unas visitas á unas viudas de calidad que gozan de los bienes que les asignó su marido dijo Su Señoría cogiendo su sombrero de copa. Y bien «au revoir» dijo él con un buen acento francés.

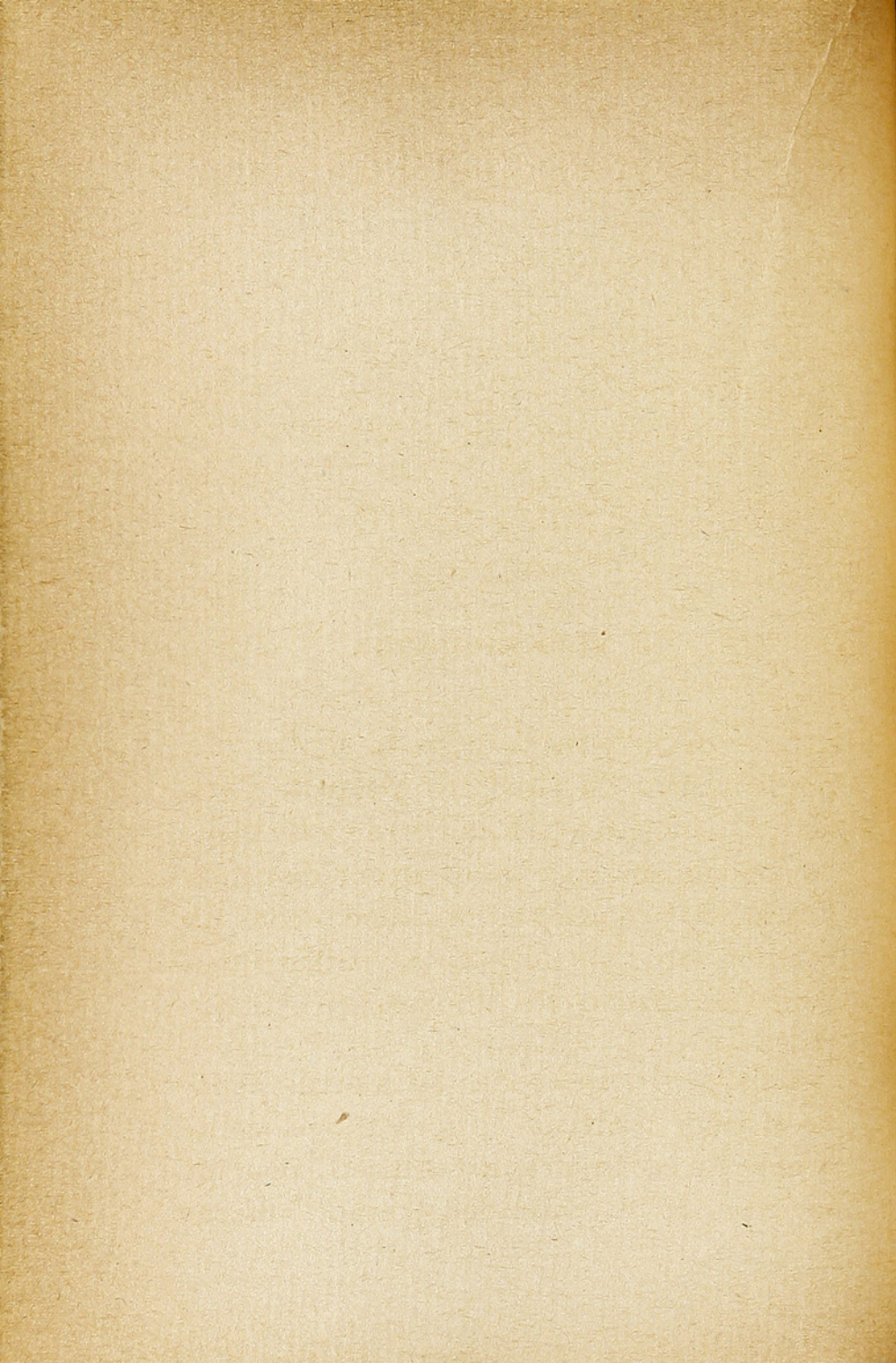
—Adiós Mylord exclamó el señor Salteena nosotros nos veremos pronto así lo espero.

No antes de mañana respondió el Conde.

Puede usted ir ahora hacia las regiones interiores donde sin duda alguna le daran té.

Hizo un saludo con la cabeza y salió fuera de la habitación en silencio.

Aquí concluiré mi capítulo.



CAPÍTULO SEXTO

La vida mundana

El señor Salteena se despertó al otro día por la mañana en su cuarto pequeño pero alegre. Estaba tapizado de verde y de blanco con monogramas en los juegos de cama. Poseía un pequeño lecho blanco con un edredón verde y un cuadro de la Natividad y otro del castillo de Windsor en las paredes.

Brillaba el sol en todas estas cosas cuando el señor Salteena abrió los ojos soñolientos. En esos momentos escuchó llamar toc toc a la puerta. Entre dijo el señor Salteena

y Eduardo Procurio entró balanceando una bandeja. Tenía un aire realmente elegante con sus brillantes cabellos negros y su rostro de una palidez amarillenta y sus ojos bajos. Sonrió con un aire muy misterioso e importante dejando la bandeja sobre las rodillas puntiagudas del señor Salteena.

—He aquí su primer brevaje anunció y comenzó a tirar las cortinas siempre sonriéndose así mismo.

—Oh gracias exclamó el señor Salteena sintiéndose muy embarazado junto a este importante personaje.

Luego con gran admiración suya Procurio comenzó a abrir el armario y a mirar los trajes del señor Salteena lanzando al apartarlos exclamaciones italianas.

El señor Salteena no osaba decir una palabra. Entonces tomó su té y comió apresuradamente una galleta María. Luego Procurio avanzó hacia el lecho con un espléndido traje de sarga azul.

—Se pone usted esto hoy día señor preguntó con mucha calma.

—Ciertamente dijo el señor Salteena.

—Y una camisa conveniente no estaría de más. Qué piensa usted de esta azul pálida con rayas blancas.

—Con mucho gusto respondió el señor Salteena.

Entonces Procurio los sacó y los colocó en orden como también una navaja. Después abrió una puerta diciendo está la sala de baño Quiere usted agua caliente o fría.

—Me da los mismo dijo el señor Salteena sintiéndose rojo e ignorante.

—Es mejor que decida usted mismo señor dijo Procurio con firmeza.

—Bien ensayaré la fría dijo el señor Salteena sintiendo que era más de hombre contestar así...

Procurio saludó y se retiró a la sala de baño. Después volvió a advertir al señor Salteena que cuando él estuviera lavado encontraría su desayuno en el salón.

Cuando el señor Salteena estuvo vestido con su hermoso traje azul y su camisa nueva penetró en el salón donde un alegre canario cantaba hasta desgañitarse en la ventana y donde una pareja de palomas se daban vuelta en una caja de mimbre. Un dulce olor lo acogió como Procurio se deslizase en la pieza con el café humeante. El señor Salteena se sintió más en su casa e hizo algunas observaciones sobre el tiempo. Procurio sonrió y descubrió unas soberbias criadillas sobre unas tostadas y susurró al oído del señor Salteena usted debiera haber venido en bata.

El señor Salteena se estremeció.

—Es cierto. Mil gracias.

Entonces Procurio salió y el señor Salteena se comió sus criadillas acarició a los pájaros y cogió un cigarrillo de una elegante caja roja que encontró sobre el escritorio.

Entonces Procurio entró todavía una vez y dijo con un saludo:

—Su Señoría va esta mañana a una «le-

vantada» y cree que eso podría divertirle. Puede usted estar listo para las once.

—Sería muy divertido dijo el señor Salteena pero tiene usted una noción de lo que es una «levantada» mi amigo.

Procurio tuvo una sonrisa condescendiente.

—Es una recepción dada por la reina para las gentes muy importantes. Pero esta es dada por el Príncipe de Gales porque la reina no ha llegado aún tendrá lugar en el Palacio de Buckingham y usted irá en carruaje con Su Señoría.

El señor Salteena estaba terriblemente exitado.

—Qué es lo que me pondré ahora dijo él anhelante.

—Bien naturalmente usted debe ponerse un pantalón de raso negro y un sombrero con plumas blancas y también ligas y una condecoración o dos.

—Usted me sorprende dijo el señor Salteena yo no tengo ninguno de esos artículos.

Y bien dijo Procurio amablemente. Su Señoría le prestará uno de esos tricornos porque usted está obligado a llevar uno y creo que con un poco de imaginación podría acomodarlo a usted en forma que pudiera pasar.

Se pusieron a registrar los asuntos del señor Salteena y Procurio se puso muy inteligente y aconsejó al señor Salteena de ponerse su traje negro y de arremangarse los pantalones. Le prestó un par de medias de seda blanca que ató fuertemente alrededor de sus rodillas con lazos de cinta rojas. Después dibujó una condecoración en papel de plata y la clavó en su pecho y ajustó también una banda de cinta roja sobre el plastrón de la camisa. Entonces el señor Salteena se miró al espejo.

—Es un baile de máscara preguntó.

—No siempre se llevan estas cosas... Pero esperemos ver a Su Señoría. Si usted está listo señor yo lo introduciré.

—El señor Salteena subió detrás de Pro-

curio innumerables escaleras hasta el departamento del Conde hasta tropezar con la puerta del dormitorio.

—Entren dijo una voz alegre y ellos entraron a paso de gigantes.

He hecho lo mejor que he podido con el señor Salteena Mylord. Imagino que así estará bien con el sombrero habrá una gran diferencia.

El señor Salteena saludó nerviosamente esperando que se le darían pantalones correctos porque sentía que sus pantalones no se sostenían bien a pesar de sus ligas.

—No está mal exclamó el Conde ensaye usted mi sombrero está en la cama.

—El señor Salteena lo colocó sobre su cabeza y las plumas y los galones le venían muy bien pero se sintió muy celoso del Conde cuya presencia era un espectáculo para los dioses. El poseía verdaderos pantalones de raso con broches de diamantes zapatos risados y medias de seda negra que modelaban sus magníficas piernas largas.

Llevaba una camisa inflada de muselina sedosa con cuello y adornos de legítimo encaje. Un sable colgaba a su lado y un cinturón carmesi estaba enrollado alrededor de su cintura y un espléndido tricornio sobre su cebeza. Sus ojos azules brillaban mientras que se ponía un par de guantes de cabrito blancos.

—Venga Salteena exclamó no se inquiete mañana le buscaré un par de pantalones.

—Quiere usted buscar un fiacre Procurio.

Algunos instantes después el Conde y el señor Salteena rodaban hacia el Palacio de Buckinham.

No se asombre usted si yo lo presento con el nombre de lord Hyssops no es cierto dijo el Conde encendiendo su pipa. Vea usted está en cierta forma mezclado con esta familia. No tendrá pues importancia y hará muy buen efecto.

—En efecto dijo el señor Salteena pero qué pasa en una «levantada».

—Se pasea y se come hielo y champagne

y cosas por ese estilo y a veces se hace música.

—Se baila preguntó el señor Salteena.

—A veces dijo el Conde.

—Qué bueno dijo el señor Salteena porque yo no soy ágil y mis ligas me quedan un poco estrechas.

—A veces se habla de leyes y de política dijo el Conde si tal es la voluntad de Su Majestad.

El espléndido edificio apareció justamente ante su vista y el señor Salteena se pasó la lengua por los labios secos a la vista de la inmensa multitud.

Por todos los contornos había coches llenos de gentes de valer y fuera de las rejas estaban de pie grandes guardias de corps rechazando a la poblada que se había acercado para ver llegar la nobleza Lord Clincham empezó a saludar a derecha e izquierda sacándose el sombrero para sus amigos. Se escucharon muchas palabras de amistad mientras que el fiacre rodaba hacia la puerta

principal, Dos inmensos y bigotudos guardias de Corps abrieron las puertas y uno de ellos dió amablemente una propina al cochero. El señor Salteena siguió a Su Señoría a lo largo de las escaleras procurando sentirse en su casa tanto como le era posible.

Entonces un hombre de figura espléndida con una túnica roja y una especie de boina de terciopelo negro avanzó un paso hacia la multitud exclamando sus nombres si os place.

—El Conde de Clinchan y Lord Hissops respondió con calma el Conde haciendo discretamente señas con el codo al señor Salteena para que representara su rol.

El señor Salteena sacudió la cabeza y guiñó el ojo hacia los lacayos para decir que todo estaba bien entonces él y el Conde entregaron sus tricornios a dos guarda abrigos. Por aquí gritó una voz fuerte y otro criado apareció trayendo pantalones duros blancos de montar y una librea de terciopelo verde

con un cinturón de cuero y también un collar de forma muy lucida. Siguieron a este hombre por entre innumerables corredores y finalmente llegaron a una puerta con dos batientes.

El Conde rizó sus mostachos y golpeó la pierna con sus guantes con tanta calma como le fué posible. El señor Salteena transpiraba con abundancia y por si acaso afianzó los lazos de sus ligas.

Y entonces las puertas se abrieron y sus nombres fueron gritados en coro por innumerables lacayos.

La suntuosa habitación estaba llena de señores muy nobles vestidos como el Conde con pantalonss de raso etc, y de señoras de todos colores con largos trajes y joyas por docenas. Apenas se podía mover en esa multitud gozosa. Los Duques eran los menos porque había un buen número de Archiduques y Príncipes porque la «levantada» era de importancia.

El Conde y el señor Salteena se movieron

a través de la multitud hasta un estrado drapado de terciopelo blanco. Allí estaba sentado sobre una silla dorada el Príncipe de Gales con un soberbio manto de armiño y una corona pequeña pero costosa. Charlaban cordialmente con algunas personas de entre la concurrencia.

El Conde avanzó seguido de cerca por el señor Salteena.

—Hola Clincham exclamó el Príncipe muy sencillamente y nada grandioso estoy encantado de que haya usted pasado sin que lo revienten.

—Un poco abrumado Alteza dijo el Conde que estaba muy acostumbrado a todo eso puedo presentarle a mi amigo Lord Hissops está en mi casa y he pensado traerlo conmigo si usted no tiene inconveniente Príncipe.

—De ningún modo exclamó el Príncipe cordialmente con aire un poco sorprendido.

El señor Salteena hizo tan profunda reve-

rencia que estuvo a punto de caer del estrado.

Y como el Príncipe le tendiera la mano el señor Salteena pensó que sería mejor besársela. El Príncipe sonrió amablemente.

—Estoy encantado de verlo Lord Hissops dijo con una voz real.

El Conde se mezcló entonces en la conversación.

—Y cómo va la querida reina dijo con veneración.

—No muy bien dijo Su Alteza se resiente del calor la pobre y enseñó un afiche que decía en gruesas letras LA REINA ESTÁ INDISPUESTA.

Justamente Su Alteza se levantó.

—Creo que tomaré tranquilamente una copa de Champaña dijo. Venga también Clinchan y traiga a su amigo. Llegan los diplomáticos y no estoy en ánimo de sostener una conversación profunda. Ya firmé una docena de documentos ya cumplí con mi deber.

Se fueron todos por una puerta secreta y se encontraron en una habitación más pequeña pero magnífica. El príncipe golpeó sobre la mesa e inmediatamente dos lacayos aparecieron vestidos de túnicas rojas.

—Traigan tres copas de champaña ordenó el príncipe y algunos helados agregó majestuosamente.

Las cosas aparecieron como por encantamiento y el príncipe sacó un estuche con cigarros y lo hizo circular.

—Acaba uno por aburrirse de esta vida de corte dijo.

—Así es aprobó el Conde.

—Esto me pone enfermo dijo el príncipe tomando sus helados de fresa y todo lo que deseo es la paz y la tranquilidad y un poco de diversiones y me veo obligado a esta vida dijo levantándose la corona la verdad es que ser Príncipe trae consigo penosas restituciones de derechos.

—Es verdad dijo pensativamente el Conde. Se hizo un silencio y se escucharon los

acordes de la orquesta en la habitación vecina. De repente el Príncipe puso su atención en el señor Salteena.

—Qué es lo que me ha dicho usted que es preguntó con acento embarazado.

—Lord Hissops dijo poniéndose rojo con esta mentira.

—Pero usted no se parece absolutamente al Lord Hissops que yo conozco dijo el Príncipe. Quiere usted explicarse.

El señor Salteena miró al Conde con desesperación este se había puesto muy pálido y parecía desconcertado por el momento. Sin embargo se rehizo con rapidez.

—Sin embargo lo es efectivamente Príncipe dijo. Su madre se llamaba Miss Hissops de Glen.

—En efecto dijo Su Alteza Real estamos conformes pero quién era su padre.

Entonces el señor Salteena pensó que no debía continuar mintiendo y dijo con voz temblorosa.

—Mi pobre padre no era sino carnicero

Su Alteza muy buen carnicero podría yo agregar y extremadamente rico. Se llamaba Domínico Salteena y mi nombre es Alfredo Salteena.

El Príncipe se pasó la mano por su barba rubia y admiró mucho al señor Salteena a causa de su franqueza.

—Ahora veo bien dijo por qué se ha hecho usted pasar por Lord Hissops con mis lacayos.

El señor Salteena enjugó el sudor de su frente pero el Conde vino generosamente en su ayuda.

—Tengo toda la culpa Príncipe dijo. Como lo traía a un asunto de tanta importancia pensé que era mejor hacerlo pasar por noble de nacimiento. He ofendido la dignidad Real.

—No gran cosa dijo el Príncipe. Se trataba de un sentimiento loable y acaso invite yo al señor Salteena a uno de nuestros bailes un día de estos.

—Oh Alteza murmuró nuestro héroe ca-

yendo de rodillas. Eso sería realmente un regalo.

—Me pregunto Príncipe si no tendríais en este palacio un empleo para mi amigo preguntó el Conde. Yo le he facilitado un poco el camino en el Gran Mundo y el sueña con la vida de corte como profesión.

—Es cierto dijo el Príncipe guiñando los ojos lo veremos.

—Pienso que si hubiera una vacante él podría ensayar de galopar detrás de la carroza real dijo el Conde.

—En efecto dijo el Príncipe. Le hablaré al primer Ministro y lo tendré al corriente.

—Mil veces gracias dijo el señor Salteena haciendo una profunda reverencia.

—Bien ahora yo debo volver donde mis invitados dijo el Príncipe colocándose otra vez la corona. He pedido un baile a la Archiduquesa de Greenwich y están tocando su aire favorito.

Así diciendo entraron en la sala grande donde la nobleza bailaba alegremente y

donde las personas más graves tales como el primer Ministro y los Almirantes tomaban helados y hablaban apasionadamente de leyes en voz baja.

El Conde se mezcló bien pronto a una cuadrilla de lanceros, pero el señor Salteena no pudo hacer otro tanto a causa de sus pantalones. Pero al menos se sentó en una silla de terciopelo y tuvo gran placer en oír la inteligente conversación del primer Ministro.

Y ahora dejaremos a nuestros héroes hechar sus miradas por la vida mundana y volveremos a Ethel Monticue.

CAPÍTULO VII

La idea de Bernardo

Después de la partida del señor Salteena Bernardo Clark pensó que él haría visitar toda la casa a Ethel y pasaron una encantadora mañana ocupados en hacerlo.

Ethel hizo brillantes observaciones sobre todas las habitaciones y Bernardo encontró que ella estaba tan bonita como no se podía estarlo más y Ethel comenzó a sentirse un poco agitada. Después de un soberbio desayuno se sentaron en el sombrío vestíbulo y Ethel empezó a sentirse muy contenta de que el señor Salteena no estuviese allí. De repente Bernardo encendió su pipa.

—Pienso dijo apasionadamente que diría usted si fuésemos a Londres por una semana al Gaierty.

—Quiénes preguntó Ethel con voz ahogada.

—Usted y yo dijo Bernardo. Yo conozco muchos magníficos hoteles y podríamos ir al teatro y a soires y nos divertiríamos mucho.

—Qué buena idea en efecto dijo Ethel.

De ese modo el agradable proyecto fué arreglado y pasaron la tarde en hacer las maletas. Al día siguiente estaban listos cuando el elegante coche se hizo oír otra vez ruidosamente.

Ethel se había puesto su traje de terciopelo azul y un elegante sombrero nuevo y mucho «rouge» en la cara y hacía un digno «pendant» a Bernardo que llevaba puesto un blanco y elegante traje, botas y un colero sujeto con una cinta de elástico negro.

—Hasta la vuelta Minnit dijo al melancólico maitre d'hotel cuide su gota y la platearía yo pagaré sus sueldos cuando regrese.

—Infinitas gracias señor dijo Minnit cuando puedo esperar su regreso.

—Yo telegrafiaré dijo él y bajaron velozmente las escaleras.

Ethel siguió con pequeños pasos distinguidos habiendo saludado políticamente a Minnit que bajó los ojos en reconocimiento de su bondad.

Brillaba el sol y Ethel tenía el sentimiento de que iba a una fiesta muy divertida y se compadecía de todos los que pasaban porque no iban a Londres con Bernardo.

Cuando llegaron a la alegre ciudad Bernardo alquiló un fiacre según es uso y montó en él seguido de Ethel. Condúzcanos si gusta al Gaierty Hotel exclamó con tono firme. El cochero agitó la huasca y partieron vivamente.

—No se puede estar más confortable y mejor que lo que nosotros estaremos en el Gaierty dijo Bernardo y pensó al mismo tiempo que sería maravilloso estar casado con Ethel.

Enrojeció violentamente a sus propios pensamientos y lanzó de lado una mirada reluciente a Ethel que miraba atentamente por la ventanilla.

—Nunca se sabe nada se dijo a sí mismo y como dice el poeta las pequeñas causas traen grandes efectos.

Llegaron justamente al alegre hotel y Ethel se quedó admirada de las proporciones del gran vestíbulo. Bernardo ocultó la cabeza en el postigo de la caja.

—Tiene usted dos habitaciones para mí y una dama preguntó con acento de gran señor.

Una dama muy elegante con cabellos de oro y un delantal de encajes lanzó una mirada sobre un libro y respondió con viveza:

—Sí señor dos maravillas en el primer piso número 9 y 10.

—Gracias dijo Bernardo. Vamos a subir si usted no tiene inconveniente.

—Ninguno señor dijo cordialmente la da-

ma los lechos son bien ventilados y la vista es muy agradable.

—Venga Ethel dijo Bernardo esto parece bien.

—Ya lo creo dijo Ethel con una sonrisa radiosa.

Subieron y entraron al número 9 que era un departamento muy bello con un gran lecho muelle y puertas blancas con empuñaduras de cristal que daban sobre el número 10 una habitación igualmente exquisita pero un tanto pequeña.

—Cuál prefiere usted Ethel preguntó Bernardo.

—Prefiero que sea usted quien se decida dijo Ethel. Me conformaré con su elección.

—La mejor será la suya entonces dijo Bernardo inclinándose galantemente y designándole la más grande.

Ethel enrojeció con su significativa mirada.

—Voy a perderme en ese enorme lecho dijo ella para esconder su embarazo.

—Ya lo creo dijo Bernardo y ahora que dirá usted de una mesita redonda seguida de un teatro.

—Sí dijo Ethel y bajaron la escalera.

CAPÍTULO VIII

Una alegre visita

—Dígame usted Ethel dijo una semana después Bernardo. Podríamos ir a hacerle una visita a mi amigo el Conde de Clincham.

—Sí dijo Ethel que estaba siempre dispuesta para nuevas aventuras. Me encantaría ir a ver a Su Señoría.

Bernardo frunció las cejas de celos con estas palabras tan alegremente dichas.

—Bien póngase usted su mejor traje barbotó él.

Ethel se lanzó en su cuarto y se emperi-

folló con un traje de muselina verde que hacía un lindo efecto con un echarpe de encajes guantes largos de piel de color leonado y un sombrero de muselina. Llevaba una sombrilla en una mano como también un saco de seda verde conteniendo algunas horquillas un pañuelo cinco chelines y una caja de colorete. Resultaba una visión deliciosa con sus cabellos rubios agitados por la brisa y Bernardo se mordió fuerte los labios porque apenas podía contenerse y sentía que tenía necesidad de casarse pronto con Ethel. El también estaba muy elegante con unos exquisitos pantalones blancos una camisa de seda una chaqueta un cinturón y un sombrero azul pálido. Llevaba todo eso en honor del Conde que había estado en Cambridge en su juventud lo mismo que Bernardo Clark.

Por fin ellos se encontraron en el vestíbulo de entrada del Cristal Palace y se dirigieron vivamente a los Departamentos privados.

Eduardo Procurio recorría el corredor con aire sombrío como de costumbre.

—Está Su Señoría en la casa exclamó Bernardo alegremente.

—Cual preguntó Procurio aquí viven numerosos Lores dijo con desprecio.

—Me refiero al Conde Clincham dijo Bernardo.

—Sí está aquí respondió Procurio y da una recepción.

—Caemos al justo Ethel dijo Bernardo.

—Sí dijo Ethel entusiasmada...

Entonces tiraron la campanilla con violencia y la puerta se abrió dulcemente. Ruidos de voces y de canciones cómicas se escaparon de los Departamentos y en un segundo se encontraron en el salón lleno. Estaba repleto de toda la élite y una gorda Duquesa con una buena figura cantaba una canción alerta para la alegría de todos. El Conde avanzó a grandes pasos a la llegada de nuevos visitantes.

—Hola Bernardo viejo que placer de

verlo y quién es la que está con usted preguntó.

—Miss Monticue dijo Bernardo. Los presentaré a ustedes.

—Sea usted tan amable dijo el Conde con un tono afable y Bernardo cumpló rápidamente el rito.

Ethel entabló una brillante conversación mientras que Bernardo se alejaba para ver si encontraba amigos entre la multitud.

—Qué lindo departamento tiene usted exclamó Ethel con un tono bastante mundano.

—Mucho respondió el Conde. Vive usted en Londres agregó en alta voz como si tocara al piano un trozo muy difícil.

—No dijo Ethel yo vivo en el Northumberland pero yo me hospedo por el momento en el Gaierty con el señor Clark continuó con un tono un poco ostentoso.

—Lo veo dijo el Conde. Y bien voy a presentarle a mis amigos.

—Si usted gusta dijo Ethel sonándose delicadamente.

El Conde desapareció entre la multitud insensata y volvió al poco tiempo con un señor de edad mediana.

—Lord Hissops dijo mi amiga Miss Monticue.

Ethel palideció.

—Lord Hissops dijo con voz desfalleciente pero si es el señor Salteena yo lo conozco bien.

—Silencio exclamó el Conde es un título que le ha conferido recientemente mi amigo el Príncipe de Gales.

—Verdaderamente dijo el señor Salteena profundamente aturdido con el ingenio del Conde.

—Oh verdaderamente dijo Ethel con acritud y cómo es que usted está aquí.

—Estoy con Su Señoría dijo el señor Salteena y tengo mis Departamentos aquí en el subsuelo.

—Me da lo mismo dijo Ethel exasperada

yo tengo mis elegantes habitaciones en el Gaierty.

—Nada puede ser más agradable estoy seguro qué dice usted Hissops eh.

—Sin duda que es encantador dijo el señor Salteena que deseaba la paz dígame Ethel cómo ha dejado usted a Bernardo.

—No lo he dejado dijo Ethel con acento de incomodidad y hemos ido a numerosos teatros y a bailes.

—Estoy encantado de que ustedes se diviertan dijo el señor Salteena amablemente. Tenía usted muy mala cara desde hacía tiempo.

—No tiene nada de raro viviendo en una casa tan malsana como la suya exclamó Ethel. Y tiene usted otros amigos dijo ella volviéndose hacia el Conde.

—Voy a ver dijo galantemente el Conde y desapareció otra vez.

—No sé por qué se enoja usted conmigo Ethel dijo el señor Salteena en voz baja.

Ethel se enmarañó el cabello y adquirió un aire sarcástico.

—Encuentro todo esto muy misterioso. Usted parte y adquiere un título y yo pienso que nuestra amistad debe llegar al fin porque sin ninguna duda usted se casará pronto con una Duquesa o algo por el estilo.

—De ningún modo dijo el señor Salteena usted lo sabe muy bien Ethel agregó poniéndose rojo siempre he pensado casarme con usted un buen día.

—Primera nueva exclamó Ethel siempre de mal humor.

—No para mí murmuró el señor Salteena y su voz tembló en su pecho. Puedo agregar que siempre la he amado y ahora me parece que la amo apasionadamente agregó apasionadamente.

—Pero yo no lo amo a usted respondió Ethel.

—Pero si usted se casa conmigo usted puede lograr una buena situación dijo el señor Salteena.

—No lo creo pero de todas maneras es muy amable de su parte el hacerme esa proposición respondió Ethel y le sonrió más gentilmente.

—Qué martirio exclamó el señor Salteena cogiéndose a la mesa mi vida sin usted será de vinagre y de ceniza.

—Sea más hombre dijo Ethel con un suspiro compasivo y siempre pensaré en usted con simpatía.

—Bien un toma vale más que dos tú lo tendrás respondió el señor Salteena con una voz melancólica y precisamente el Conde reapareció con una dama muy graciosa con un traje de seda cerrado cuyo nombre era Lady Gay Finchling y cuyo marido era un general muerto hacía muchos años.

—He aquí pues a Miss Monticue comenzó ella en voz alta.

—Oh sí dijo Ethel y el señor Salteena enjugó el rocío espumante de su frente.

Apenas Lady Gay Finchling pudo sospe-

char que había venido justamente a interrumpir una declaración.

El Conde se mezcló de tiempo en tiempo a la conversación de Lady Gay Finchling y contó muchas historias bastante picantes para animar la reunión. Entonces vino Bernardo Clark y dijo que sería mejor marcharse.

—Bien hasta luego Clincham dijo. Yo puedo decir que esta reunión me ha encantado porque no puede ser más escogida verdad Ethel.

—No puede ser más exclamó Ethel. Yo supongo que usted viene a menudo agregó con acento envidioso dirigiéndose a Lady Gay Finchling.

—Bastante a menudo dijo Lady Gay Finchling. Pero hasta luego porque se ve que ustedes tienen prisa en partir.

Y ella se dirigió al buffet.

—Hasta luego Ethel dijo el pobre señor Salteena con un espasmo y se apoderó de su mano. Algún día se arrepentirá usted de

sus duras palabras adiós repitió enfáticamente.

—Hasta luego dijo Ethel con voz baja y volviéndose hacia el Conde agregó me he divertido muchas gracias.

—De nada se lo ruego dijo el Conde hasta luego Bernardo agregó pasaré a verlo al hotel uno de estos días.

—Se lo suplico murmuró Bernardo usted será siempre bienvenido Clincham agregó poniéndose su sombrero azul de cricket en la cabeza y así diciendo él y Ethel dejaron ese sitio tan agradable y rodaron una vez más por las calles de Londres.

CAPÍTULO IX

Una proposición

A la mañana siguiente mientras se tomaba el thé bajo su edredón de seda rosa Bernardo decidió que debía casarse con Ethel sin esperar más.

—La amo se dijo y es preciso que sea mía pero estoy pensando que no me puedo declarar en Londres no sería decente declararse en esta ciudad de Londres. Es preciso partir un día al campo y cuando estemos rodeados del alegre cantar de los pájaros y del olor de las vacas yo pondré a sus pies mi demanda y él agitó su brazo frenética-

mente a este pensamiento feliz. Entonces saltó del lecho e hizo toc toc en la puerta de Ethel.

—Se ha levantado usted querida mía preguntó.

—No todavía dijo Ethel saltando apresuradamente de su nido muelle.

—Apúrese usted exclamó Bernardo tengo el proyecto de pasar el día cerca del Castillo de Windsor llevaremos nuestro almuerzo y pasaremos una tarde deliciosa.

—Bravo palmoteó Ethel. Estaré pronto lista como tomé mi baño ayer en la noche no me lavaré mucho ahora.

—No ya lo creo y agregó con fervor a travez de la juntura de la puerta está usted más fresca que una rosa querida mía y no hay jabón que pueda hacerla a usted más bella.

Entonces se retiró apresuradamente muy embarazado para vestirse. Ethel enrojeció y se sintió algo agitada al oír estas palabras se puso un traje de muselina blanca en un ac-

ceso de buen humor. Estaba muy bella con algunas rosas rojas en su sombrero y un tinte rosa muy delicado sobre las mejillas. Bernardo lanzó un suspiro sus ojos brillaban mientras que la contemplaba y Ethel pensó para sí misma que él representaba un bello tipo de hombre con sus lindas piernas finas en sus pantalones marrón claro y sus polainas bien ajustadas una rosa roja en el ojal y un sombrero bastante esportivo que le daba mucha importancia con su graciosa visera. Partieron envidiados por todo el personal.

Llegaron a Windsor habiendo tenido mucho calor durante el viaje y Bernardo arrendó en el acto un barco para pasear a su bien amada por el río. Ethel no sabía remar pero ella se regocijaba mucho de ver los brazos ágiles de Bernardo quemados por el sol manejar los remos mientras que ella entre los ricos cojines del lindo barco. Ella era de un natural extremadamente perezoso, pero Bernardo ignoraba esto. Sin embargo pronto se

sintió derrengado y propuso almorzar sobre la orilla cubierta de musgo.

—Oh sí dijo Ethel descorchando con viveza el champagna espumante.

—No lo derrame dijo Bernardo despresando el pollo.

Comieron buenas viandas y bebieron mucho terminando con merengues y chocolates.

—Vamos ahora a descansar bajo los grandes árboles dijo Bernardo con voz apasionada.

—Sí dijo Ethel vamos y abrió su elegante quitasol y se dejó caer sobre la hierba verde. Cerró los ojos aunque estaba muy lejos de dormir. Bernardo se sentó al lado de ella en profundo silencio contemplando su figura rosa y sus largas pestañas onduladas mientras que las alondras cantaban alegremente en el cielo azul. Después se acercó otro poquito a Ethel.

Ethel murmuró con una voz temblorosa.

Qué sucede dijo Ethel alzándose con viveza.

—Las palabras me faltan pronunció Bernardo con fervor mi pasión por usted es intensa agregó con fervor. Ha crecido día y noche desde que la he visto por primera vez.

—Oh dijo Ethel estupefacta yo no esperaba esto y se apoyó contra el tronco de un árbol.

Bernardo la rodeó estrechamente con su brazo.

—Cuando se casará usted conmigo Ethel profirió. Es preciso que sea usted mi mujer. La amo tan intensamente que si usted me dice que no precipitaré mi cuerpo en el fondo de ese cenagoso río allá dijo salvajemente y palpitando.

—No haga usted eso suplicó Ethel anhelante.

—Entonces diga usted que me ama exclamó Bernardo.

—Oh Bernardo suspiró ella con fervor le amo a usted por cierto con locura usted es

para mí como un dios del paraíso exclamó admirando su porte varonil su elegancia y su hermoso rostro resplandeciente si yo me casaré con usted de verdad.

—Cuando dijo Bernardo mirándola con intensidad y anhelo.

—Tan pronto como sea posible dijo Ethel cerrando gentilmente los ojos.

—Mi bien amada susurró Bernardo y él la cogió en sus brazos nosotros nos casaremos para la próxima semana.

—Oh Bernardo murmuró Ethel me toma usted tan de improviso.

—No no gritó Bernardo y cogiendo el toro por los cuernos besó con violencia su lindo rostro. Mi futura esposa murmuró muchas veces.

Ella temblaba de alegría escuchando las místicas palabras.

—Oh Bernardo dijo ella no he podido imaginar nunca nada semejante y se desmayó de repente entre sus grandes brazos abiertos.

—Vaya dijo Bernardo y depositando su delicado fardo sobre la hierba corrió al borde del río para llenar un vaso con aquella agua perfumada y derramarla sobre la frente pálida de su bien amada.

Pronto volvió ella en sí y levantó los ojos con una sonrisa lánguida.

—Lléveme usted al Gaierty Hotel suspiró.

—Con mucho gusto querida mía dijo Bernardo. Voy justamente a empaquetar las viandas antes de traer el barco.

Ethel se sintió mejor después de haber bebido algunas gotas de champaña y comenzó a poner en orden sus cabellos mientras que Bernardo ponía en orden los restos del almuerzo.

Entonces del brazo se fueron tropezando hasta el barco.

—Espero que no se sienta usted enferma querida murmuró Bernardo ayudándola a subir.

—Oh no soy muy fuerte me he desvanecido de alegría dijo por toda explicación.

—Ya lo veo dijo Bernardo hay gentes a quienes le sucede eso explicó él amablemente y así diciendo descendieron remando el río sombrío que corría en silencio bajo una luna de oro. Todo estaba silencioso mientras que los enamorados volvían a la casa con la alegría en el corazón y la figura radiante. Sólo el ruido del agua misteriosa chapoteando contra la frágil embarcación rompía la monotonía de la tarde.

Así concluiré mi capítulo.

CAPÍTULO X

Velando las armas

Los días siguientes fueron muy laboriosos para Ethel y Bernardo. En el acto Ethel compró un lindo papel de cartas color de rosa con una cifra de plata encima y envió a todos sus amigos una invitación en estos términos:

Mis Ethel Monticue se casará con el señor Bernardo Clark en la Abadía de Westminster el 10 de Junio. Se solicita su compañía a las 2.30 en punto y en seguida para la fiesta en el Gaierty Hotel.

R. S. V. P.

Habiendo expedido montones y habiendo obtenido varias respuestas Ethel se mandó hacer su traje de novia que costó muy caro. Escogió un rico raso bordado en oro con una larga cola cubierta de lises. Su velo era de legítimo encaje con una corona de flores de azahar. Encargó un bouquet de margaritas blancas lises de San José y flores de azahar anudado con cintas de raso azul pálido.

—Ofrecerá usted un encantador espectáculo querida mía suspiró Bernardo cuando dejaron la tienda. Entonces se hicieron conducir donde el sastre donde Bernardo encargó un elegante traje negro con colas forradas de raso carmesí y una corbata azul lavanda y un sombrero de copa del mismo color él tenía la intención de llevar violetas en el ojal y sus más hermosas polainas blancas botones de diamantes y algunas bagatelas de muy buen efecto. Encargaron además ambos muchos trajes nuevos y Bernardo dió a Ethel un enorme anillo sembrado de

rubíes y diamantes como también dos preciosas pulseras y Ethel le regaló una hermosa maleta nueva de cuero verde reluciente. El Conde de Clincham envió una hermoso juego de sábanas bordadas a mano de legítimos encajes y su fotografía en un actitud sorprendente. El señor Salteena envió a Ethel una biblia con algunas piadosas palabras de consejo y de sentimiento y envió a Bernardo una silla de tijera muy cómoda. Los padres de Ethel eran demasiado pobres para venir de tan lejos pero su madre le envió un reloj de oro que no andaba pero que había sido propiedad de la familia durante muchos años y su padre le envió un cheque con dos libras esterlinas y ofreció mandarle un lindo cordero cuando estuviera grande. Encargaron en seguida los más exquisitos refrescos había te y café vinos espumosos para beber y un enorme y soberbio pastel de nueces con un ángel de azúcar en lo alto blandiendo una espada hecha con pasta de almendras. Había innumerables pasteles

y helados merengues tortas de confitura lengua fría con ensalada y una cabeza de chanchito preparada en forma prodigiosa. Ethel podía contenerse apenas contemplando el suntuoso banquete y Bernardo le dió un poco de vino fino mientras que él se tomaba un poco de whisky antes de irse a acostar. Ethel se metió a la cama por última vez en el hermoso Gaierty y vertió algunas amargas lágrimas pensando en su vida pasada pero se consoló bien pronto y comenzó a preguntarse cuántos hijos tendría.

—Espero que tendré una buena cantidad pensó y diciendo esto se durmió.

CAPÍTULO XI

El matrimonio

La Abadía estaba llena de verdad al día siguiente cuando Ethel y Bernardo llegaron al galope en un coche muy lindo arrastrado por dos vivarachos caballos que sudaban mucho. Bajo el porche se tenían de pié algunos niños muy bien vestidos que condujeron a la feliz pareja a travez de la nave mientras que el órgano tocaba alegremente. El inmenso edificio estaba repleto y el Conde de Clincham estaba sentado en primera fila. Tenía un aspecto muy animado porque debía conducir a Ethel al altar en el momen-

to preciso. Detrás de él estaba sentado el señor Salteena todo de negro con el aspecto amargamente triste y apretó los dientes cuando Ethel pasó junto a sí. Hubo algunos alegres himnos y en el instante en que Ethel y Bernardo se convirtieron en una sola y misma persona el cura empezó un sermón sobre Adán y Eva y la serpiente y el señor Salteena lloraba con su gran pañuelo y el Conde no dejaba de golpearle el codo porque sus sollozos eran demasiado estruendosos. En seguida la marcha nupcial sonó a lo lejos y Ethel y Bernardo salieron de la iglesia como marido y mujer. Subieron en coche y partieron prontamente para el Gaierty. La verdad es que los refrescos del casamiento fueron una alegría para todos y aun el señor Salteena se consoló cuando vió la torta de nueces y el vino espumante. Entonces el Conde se levantó y pronunció un muy hermoso discurso sobre los votos y felicidad del matrimonio y citó muchos pasajes de la

biblia que obtuvieron muchos aplausos. Bernardo contestó sin ningún embarazo.

—Doy gracias a Su Señoría por sus amables palabras dijo con voz clara. Espero que seremos tan felices como la alondra y deseo que usted se vea en este mismo caso cualquier día.

—Hola hola susurró una dama perdida entre la multitud y Bernardo se sentó mientras que Ethel subía a cambiarse su traje de novia por otro de terciopelo rosa con una cintura de oro y un sombrero muy chic. Bernardo se puso también un traje nuevo con rayas azules calcetines de seda y ropa interior conveniente.

—Bravo bravo gritaron los invitados cuando la pareja apareció con los trajes descritos.

Entonces todo el mundo cogió un saco de arroz y roció con él a la pareja y el señor Salteena les tiró un zapato blanco de tennis al mismo tiempo que se enjugaba los ojos. La feliz pareja partió en coche y los invitados consumieron lo que quedaba de refres-

cos. La feliz pareja se fué a Egipto para su Luna de Miel porque pensaron que aquel sitio sería muy agradable y caliente y que ellos no conocían esa tierra maravillosa. Ethel estuvo un poco enferma en el barco pero Bernardo desafió valientemente la tempestad. Sin embargo se había repuesto cuando llegaron a Egipto y aquí los dejaremos por seis felices semanas de felicidad mientras que volvemos a Inglaterra.

CAPÍTULO XII

Como terminó esto

El señor Salteena gracias al Conde y a la amabilidad del Príncipe de Gales pudo obtener el empleo por el que su alma suspiraba. Puede vérselo todos los días en Hyde Park o en Pickadilly galopando locamente detrás de la Carroza Real con un lindo traje de terciopelo verde y pantalones todo completo.

Al principio estaba aterrorizado porque no tenía costumbre de montar a caballo y encontraba que su caballo le sacudía mucho y debía sujetarse terriblemente a sus crines

flotantes otras veces el caballo se paraba en seco y el señor Salteena se servía de las espuelas y de palabras gruesas sin resultado. Pero pronto se acostumbró a su corcel tan luego tranquilo como espumoso y Su Alteza Real parecía satisfecha.

El Conde continuó su alegre existencia en los Departamentos hasta que se enamoró de una de las damas nobles que los frecuentaban. No era tan bonita como Ethel porque tenía una cara demasiado redonda y ojos castaños pero tenía magníficos cabellos negros color de cuervo una nariz puntiaguda y una tez bastante delicada. Tenía muy lindos pies y mucho dinero. Su nombre era Lady Helena Herring su edad veinticinco años y era una digna compañera del Conde.

El señor Salteena se sentía muy solo después del matrimonio del Conde y no pudo soportar mucho tiempo la vida de soltero y en defecto de Ethel se casó con una de las camareras del Palacio de Buckingham cuyo nombre era Bessie Topp una linda niña de

18 años con un rostro rojo y rodondo y ojos muy vivos.

Y ahora que todos nuestros amigos están casados yo diré algunas cosas sobre sus familias. Ethel y Bernardo volvieron de su Luna de Miel con un heredero un bebé gordo llamado Ignacio Bernard. Pronto tuvieron otros seis niños cuatro hombres y tres mujeres y algunos eran gemelos lo que resultaba apasionante.

El Conde no tuvo sino dos niñas bastante enfermizas llamas Helena y María porque la última tenía el aire ligeramente francés.

El señor Salteena tuvo una gran familia de 10 niños cinco de cada clase. Pero se puso muy melancólico a medida que los años pasaban y su mujer se ponía aburrida particularmente cuando pensaba en Ethel y en que se habría podido casar con ella. Sin embargo era un hombre piadoso a su manera y encontraba consuelo en la plegaria.

Bernardo Clark fué el más feliz de nues-

tros amigos porque amó a Ethel hasta el fin y tuvo una casa muy linda.

El Conde se cansó pronto de sus hijas enfermizas y de su mujer que tenía un carácter feroz y aunque algunas veces pensó en divorciarse para probar una nueva suerte abandonó esta idea y decidió ofrecerla como mortificación.

Y ahora lectores míos digamos adiós a los personajes de este libro.

DIRECCION NACIONAL
SECCION CHILENA

FIN

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Daisy Ashford, un novelista de 9 años, por María Monvel.....	9
INTRODUCCIÓN.—Daisy en Francia, por Jean Cocteau.....	19
De Maurice Sachs.....	23
CAPÍTULO I Una niña muy joven.....	27
» II Partida Feliz.....	33
» III La primera Soiree.....	45
» IV El plan del señor Salteena...	51
» V El Cristal Palace.....	57
» VI La vida mundana.....	75
» VII La idea de Bernardo.....	93
» VIII Una alegre visita.....	99
» IX Una proposición.....	109
» X Velando las armas.....	117
» XI El matrimonio.....	121
» XII Cómo terminó esto.....	125

